

# CRISTIANDAD

Año XXI - Núm. 395

BARCELONA

ENERO 1964

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

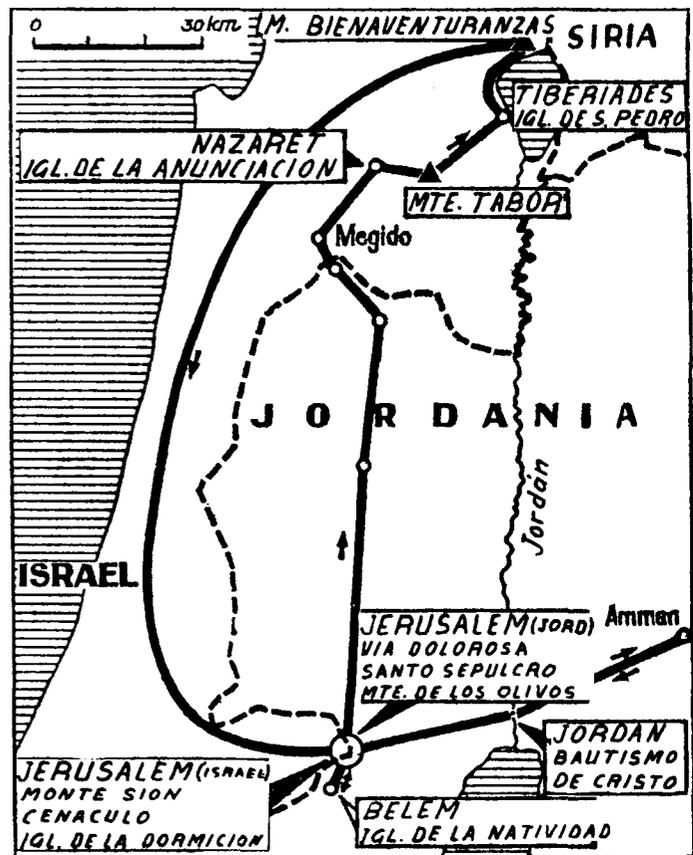
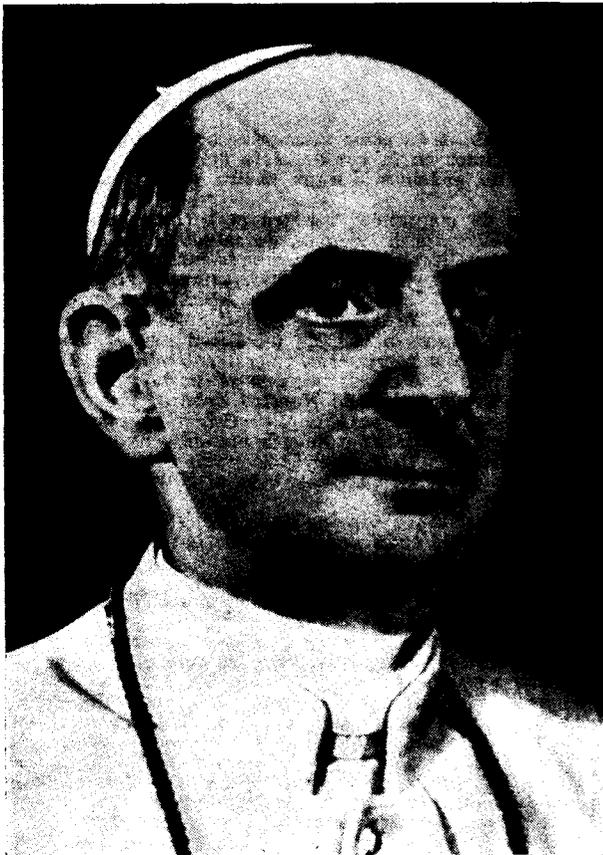
Depósito legal: B. 15860 - 1958

## LA PALABRA DEL PAPA EN TIERRA SANTA

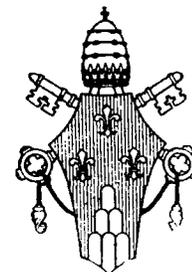
(TEXTO INTEGRO)

### SENTIDO ESPIRITUAL DE SU VIAJE

#### SOBRE EL CELIBATO DEL CLERO



# EL PAPA PEREGRINO



## EN LA CLAUSURA DE LA II SESIÓN CONCILIAR, ANUNCIA EL VIAJE

Y ahora permitidme una última palabra para comunicaros un plan que desde hace tiempo ha ido madurando en nuestro espíritu y que nos hemos decidido hoy hacer público, ante una asamblea tan escogida y significativa.

Está tan viva en nosotros la convicción de que para la feliz conclusión del Concilio es necesario intensificar las oraciones y las obras, que hemos decidido, tras madura reflexión y abundante plegaria, hacernos Nos mismo peregrino a la tierra de Jesús Nuestro Señor. Así, pues, si Dios nos asiste queremos ir en el próximo mes de enero a Palestina, para venerar personalmente, en los lugares santos donde Cristo nació, vivió, murió y resucitado subió al cielo, los misterios principales de nuestra salvación: la Encarnación y la Redención. Veremos aquella tierra bendita, de la que Pedro salió y ninguno de sus sucesores ha vuelto. Iremos humildemente y en seguida regresaremos, haciendo un viaje de oración, de penitencia y de renovación para ofrecer a Cristo su Iglesia, para llamar a esta Iglesia única y santa a los hermanos separados, para implorar la divina misericordia en favor de la paz entre los hombres, esa paz que en nuestros días aparece todavía tan débil y temblorosa, para suplicar a Cristo Señor por la salvación de toda la Humanidad. Que la Virgen Santísima guíe nuestros pasos, que los Apóstoles Pedro y Pablo y todos los santos nos asistan benignos desde el cielo.

Y así como os tendremos presentes a todos en nuestro espíritu durante este piadosísimo viaje, así os pedimos a vosotros, venerables hermanos, que nos acompañéis con vuestras oraciones, para que este Concilio pueda llegar a buen fin, para gloria de Cristo y bien de su Iglesia.

## PALABRAS DIRIGIDAS AL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA ITALIANA, EN EL AEROPUERTO DE FIUMICINO

**Señor Presidente:**

Su presencia en este aeropuerto, sus palabras en estos momentos nos honran en gran manera y nos sirven de singular consuelo. Oímos en la voz del Jefe del Estado el eco fiel de los sentimientos del pueblo italiano y no podemos ocultar nuestra viva complacencia y nuestro agradecimiento.

Nos sentimos por eso obligados, antes de emprender nuestra peregrinación a Tierra Santa, a dirigir una palabra de homenaje a Vuestra Excelencia, de saludo y de augurio a cuantas personalidades eclesiásticas, civiles y militares están aquí presentes, y a todos los hombres de buena voluntad, que nos miran en esta hora particularmente significativa.

Se ha dicho con toda verdad que el Sucesor del primero de los Apóstoles vuelve, después de veinte siglo de historia, al lugar de donde Pedro salió, portador del Mensaje cristiano. Y de hecho vuelve a ser el nuestro un retorno a la cuna del Cristianismo, donde el simbólico grano de mostaza del Evangelio echó sus primeras raíces, extendiéndose como árbol frondoso, que ahora recubre con su sombra todo el mundo; una visita de oración a los Lugares santificados por la Vida, Pasión y Resurrección de Nuestro Señor.

Es una peregrinación de oración y de penitencia para una participación más íntima y vital a los misterios de la Redención, y para proclamar cada vez más alto ante los hombres, como anunciamos en nuestro primer Mensaje *Urbi et Orbi* que sólo en el Evangelio de Jesús está la salvación esperada y deseada: "porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres, por el cual podemos ser salvados".

En este día, en que la liturgia sagrada recuerda al Príncipe de la Paz, Nos le pediremos que dé al mundo este don precioso, y lo consolide cada vez más entre los hombres, entre las familias, entre los pueblos.

Presentaremos a Cristo su Iglesia universal, su propósito de fidelidad al Mandamiento del amor y de la unión que Él dejó como su último mandato. Presentaremos ante el Santo Sepulcro y ante la gruta de la Natividad los deseos de cada uno, de las familias, de las naciones; y sobre todo las aspiraciones, las ansias, las penas de los enfermos, de los pobres, de los desheredados, de los afligidos, de los prófugos; de cuantos sufren, de aquellos que gimen, de aquellos que tienen hambre y sed de justicia.

En estos momentos en que vamos a surcar la amplia vía del cielo, Nuestro pensamiento se vuelve a todos los pueblos, enviándoles un saludo de prosperidad y de bienestar. En particular recordamos los pueblos de Oriente, a los que pronto nos acercaremos y los demás que tendremos presentes durante nuestro viaje.

A todos los incluimos en Nuestra plegaria y en nuestro saludo y agradecemos también todas las atenciones que se nos han prestado en esta ocasión por los representantes diplomáticos de las distintas naciones, en particular por las autoridades italianas.

La Apostólica Bendición, con la que iniciamos nuestra peregrinación, sea prenda y expresión de nuestro reconocido afecto.

**CONTESTANDO AL SALUDO DE BIENVENIDA DEL REY DE JORDANIA,  
EN EL AEROPUERTO DE AMMAN**

(día 4 a las 12,15 horas)

**Majestad:**

Apreciamos vivamente la cortesía que habéis tenido al venir personalmente a saludarnos a la llegada a vuestro reino.

Nuestra visita es una visita espiritual, una humilde peregrinación a los lugares sagrados, santificados por el Nacimiento, la Vida, la Pasión y Muerte de Jesucristo, y de su gloriosa Ascensión. Junto a cada uno de esos venerados santuarios, Nos rogaremos para que aquella paz que Jesús dejó a sus discípulos, aquella paz que el mundo no puede dar, pero que surge de su mandamiento de amarnos los unos a los otros como Él nos ha amado.

Vuestra Majestad, lo sabemos, desea ardentemente la paz y la prosperidad para su pueblo y para todas las naciones del mundo; y Nos, Sucesor de Pedro recordamos el Salmo que cita en su primera Epístola: "quien quiere amar la vida y gozar de la dicha durante muchos días, evite el mal y haga el bien, busque la paz y la siga". San Pedro escribe en otro lugar: «Respetar a todos, amar a los hermanos, temer a Dios, honrar al rey».

Que Dios oiga Nuestra oración y la de todos los hombres de buena voluntad, de modo que viviendo juntos en armonía y en pleno acuerdo, puedan ayudarse unos a otros en el amor a la justicia, y conseguir la paz universal en la verdadera fraternidad.

**ENTRANDO EN JERUSALÉN POR LA PUERTA DE DAMASCO,  
EL PAPA SE DIRIGE A LAS AUTORIDADES Y AL PUEBLO**

(a las 15,45 horas)

Señor gobernador, señor alcalde, habitantes de Jerusalén y todos vosotros que habéis venido desde tan lejos para rodearnos en este instante: recibid Nuestro saludo, acoged la expresión de Nuestra alegría y la emoción que llena Nuestro corazón en el momento de franquear el umbral de la Ciudad Santa.

Hoy se realiza para Nos lo que ha constituido el objeto de los deseos de tantos hombres en la época de los Patriarcas y de los Profetas, así como de tantos peregrinos llegados desde hace veinte siglos a visitar la tumba de Cristo. Hoy podemos exclamar con el autor sagrado: "Al fin nuestros pies pisan ahora el umbral de tus puertas, Jerusalén" y añadir con él en entera verdad: "He aquí el día que Dios ha hecho, día de gloria y alegría".

Desde lo más profundo de Nuestro corazón agradecemos a Dios todopoderoso habernos conducido hasta este lugar y hacia esta hora y Nos os invitamos a todos a unirnos a nuestra oración y acción de gracias.

Nuestro reconocimiento se dirige en primer lugar a las autoridades por su acogida plena de fervor que nos ha sido reservada en este lugar.

A los habitantes de Jerusalén les manifestamos nuestra estimación por su espíritu religioso, por sus nobles tradiciones de cortesía y de hospitalidad respecto a todos los peregrinos a los Santos Lugares. Les invitamos a elevar con nosotros sus manos y sus corazones hacia el cielo para hacer descender sobre su Santa Ciudad la abundancia de las bendiciones divinas.

A nuestros hijos católicos y cuantos se honran con el nombre de cristianos, les decimos: entrad con Nos en el espíritu de esta peregrinación, venid con Nos a poner vuestros pasos sobre las huellas de los de Cristo, subid con Él al Calvario, venerad la tumba gloriosa de donde Él salió lleno de vida, después de haber vencido a la muerte y redimido al mundo. Venid con Nos a ofrecerle su Iglesia en los mismos lugares donde por Ella vertió su sangre. Imploremos juntos la gracia tan deseada de la unión entre todos los discípulos del Evangelio.

Y a todos, implorad con Nos, con vuestros deseos y oraciones la concordia y la paz en esta tierra, única en el mundo que Dios ha visitado. Pidamos aquí juntos la gracia de una verdadera y profunda fraternidad entre todos los hombres y entre todos los pueblos.

Jerusalén. En el momento de entrar en tus muros, suenan aún en Nuestros oídos los acentos entusiastas del autor inspirado y se vienen a los labios:  
19 cíceros

**"Que sean felices los que te aman,  
Que la paz habite en tus muros,  
la prosperidad en tus palacios...  
Pido para ti al paz...  
Para ti la felicidad".**

Esta invocación vieja, de tres mil años, Nos es dulce pronunciar en este lugar y en este día. Quiera Dios atenderla y haga descender sobre esta Ciudad Santa y sobre todos aquellos que oran con Nos, sus más abundantes bendiciones.

# SOLEMNE VIA CRUCIS EN EL CALVARIO

*El Santo Padre, apenas llegado a Jerusalén, después de una breve estancia en Betania, la casa de Lázaro, María y Marta, bajó por la vía dolorosa hasta la Basílica del Santo Sepulcro.*

*En el lugar sacratísimo donde por tres días permaneció el Cuerpo adorable del Hombre-Dios, y antes de dejar la escarpada subida del Calvario, dijo con voz densa y quebrada por emocionado duelo, su exhortación, recuerdo, meditación e imploración por todos los hombres hijos de Dios.*

## I. EXHORTACIÓN

**Hermanos e Hijos:**

Es preciso que nuestros espíritus despierten, que nuestras conciencias se aclaren, y que bajo la mirada iluminadora de Cristo todas las fuerzas de nuestra alma se pongan en tensión.

Tomemos ahora conciencia, con dolor sincero, de todos nuestros pecados, tomemos conciencia de los de nuestros padres, de los de la historia pasada, tomemos conciencia de los de nuestra época, de los del mundo en el cual vivimos.

Y para que nuestro dolor no sea ni flojo ni temerario, sino humilde para que no sea desesperado sino de confianza, para que no sea pasivo sino orante,

que se una a la oración de Jesús Nuestro Señor, paciente hasta la muerte y obediente hasta la cruz, y evocando su emocionado recuerdo, imploramos su misericordia para que nos salve.

Dialogado tres veces: **Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos — Porque por tu santa cruz redimiste al mundo.**

## II. RECUERDO

Allí donde Tú, oh Señor  
Jesús, el inocente,  
el santo,  
el justo,  
Tú, Hijo de Dios,

has sido acusado,  
has sido juzgado,  
has sido condenado,  
has sido torturado, crucificado  
y muerto,

Tú, Hijo de Dios,

Tú, la luz,  
Tú, el Rey,  
Tú, la Vida  
y Tú muerto

has sido blasfemado, burlado,  
negado,  
has conocido las tinieblas,  
has sido puesto en una cruz,  
has sufrido la muerte,  
has resucitado a la vida.

Dialogado tres veces: **Nos acordamos de ti, ¡oh Señor Jesús! Nosotros te adoramos. ¡Oh Señor Jesús! Te invocamos.**

## III. MEDITACIÓN

Aquí, Señor, Jesús, Tu  
Pasión

ha sido ofrecida, prevista, aceptada, querida; se ha verificado el Sacrificio, Tú has sido la Víctima.

Aquí Tu muerte,

Tú fuiste el Sacerdote, fuiste la expresión, fuiste la medida del pecado humano.

Fue el holocausto

fue el precio  
fue la prueba  
aquí se combatieron  
aquí Tú alcanzaste la  
victoria,

del más grande de los heroísmos,  
ofrecido a la justicia divina,  
de supremo amor,  
la vida y la muerte,

oh Cristo, muerto por nosotros,  
y resucitado para nosotros,

Dialogado tres veces: **Dios Santo, Dios Fuerte, Dios santo e inmortal — ¡ten piedad de nosotros! —. Agios o Theos, Agios ischyros, Agios athanatos, eléison imas!**

#### IV. CONFESIÓN

<b>Nosotros estamos aquí, oh Señor Jesús, nosotros hemos venido</b>	como los culpables vuelven al lugar de su falta,		
<b>nosotros hemos venido</b>	como aquel que te ha seguido, pero que también te ha traicionado, fieles, infieles, nosotros ol hemos isdo tantas veces,	<b>nosotros hemos venido</b>	para golpear nuestro pecho, implorar Tu misericordia, para pedirte perdón, para
<b>nosotros hemos venido</b>	para confesar la misteriosa relación entre nuestros pecados y Tu Pasión; nuestra obra, Tu obra,	<b>nosotros hemos venido</b>	porque sabemos que Tú puedes, que Tú quieres perdonarnos,
		<b>porque Tú has expiado por nosotros.</b>	Tú eres nuestra redención, Tú eres nuestra esperanza.

Dialogado:

**Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo.**

¡Perdónanos, oh Señor!

**Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo.**

¡Escucha nuestras voces, oh Señor!

**Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo.**

¡Ten piedad de nosotros, oh Señor!

#### V. IMPLORACIÓN

<b>Señor Jesús,</b>	nuestro Redentor, reaviva en nosotros el deseo y la confianza de tu perdón, afirma nuestra voluntad de conversión y de fidelidad, haznos gustar la certeza y también la dulzura de tu misericordia.		te amen también todos los que son nuestros hermanos en Ti.
<b>Señor Jesús,</b>	nuestro Redentor y Maestro, danos la fuerza de perdonar a los demás para que nosotros seamos también perdonados por Ti.	<b>Señor Jesús,</b>	nuestro Redentor y nuestra Paz, que nos has dado a conocer tu supremo deseo: <b>QUE TODOS SEAN UNO,</b> cumple este deseo que nosotros hacemos nuestro y que se ha convertido en nuestra plegaria <b>QUE TODOS NOSOTROS SEAMOS UNO.</b>
<b>Señor Jesús,</b>	nuestro Redentor y Pastor, pon en nosotros la capacidad de amar, como Tú quieres que con Tu ejemplo y con Tu gracia, nosotros Te amemos, y que	<b>Señor Jesús,</b>	nuestro Redentor y nuestro Mediador, haz eficaces acerca de Tu Padre celestial, las oraciones que te dirigimos ahora en el Espíritu Santo.

(siguen las tres oraciones litúrgicas)

**SALUDO DE PAULO VI AL PATRIARCA ORTODOXO DE JERUSALÉN,  
SU BEATITUD BENEDIKTOS, EN LA DELEGACIÓN APOSTÓLICA**

(a las 19,00 horas)

Nos alegramos de poder, con motivo de Nuestra Peregrinación a Tierra Santa, encontrar a Vuestra Beatitud, y tenemos conciencia de la significación profunda que reviste este encuentro en Jerusalén.

En primer lugar hemos de agradecer la acogida que se Nos ha dispensado por vuestro clero y vuestros fieles. Nos han emocionado las actitudes de caridad y previsión de que hemos sido objeto. También hemos advertido con gozo que una atmósfera de franca colaboración reina actualmente en Vuestra comunidad y la comunidad católica y la armenia para los trabajos de restauración de la iglesia del Santo Sepulcro. Este santuario es el más precioso que hay en el mundo para los corazones cristianos. Es, en efecto, el lugar mismo donde Dios ha “querido reconciliar todos los seres por Cristo haciendo la paz por la sangre de su cruz”, de donde Cristo, resucitando glorioso, es “el príncipe de la vida, la prenda de nuestra resurrección, la sola cabeza en la que todo está

recapitado”. Y es notablemente simbólico que, a pesar del peso de la historia y de numerosas dificultades, los cristianos, desgraciadamente separados, trabajen juntos para restaurar este templo que habían construido en la unidad y que sus divisiones dejaron deteriorar.

Es Nuestro más caro deseo que la caridad reine cada vez más entre todos, una caridad verdadera, una caridad sin ficción, aquella que fue el signo por el cual en la antigua Iglesia, eran reconocidos los discípulos de Cristo: “Ved como se aman”.

Sabemos cuál es la misión personal de Vuestra Beatitud en este cambio de clima, conocemos los esfuerzos que se han hecho por una y otra parte para eliminar los puntos de fricción, os decimos por ello nuestro gozo, os expresamos nuestra gratitud.

Que el Dios de la paz haga descender abundantemente Su gracia sobre Vuestra Beatitud, sobre Su clero y sobre todos los hijos de la Ciudad Santa.

**SALUDO DE PAULO VI AL PATRIARCA ARMENIO DE JERUSALÉN,  
SU BEATITUD YEGUISHE DERDERIAN**

(a las 19,15 horas)

Agradecemos particularmente a Vuestra Beatitud por la cordial acogida hecha a Nuestra peregrinación a esta ciudad santificada por los misterios de la Redención que Nuestro Señor y Salvador Jesucristo realizó.

Nuestro encuentro asume una significación especial por los vínculos de amistad que se han establecido entre Nos y la iglesia armenia a través de los observadores delegados, que han asistido a los trabajos del Concilio Vaticano II. El espíritu de caridad y comprensión verdaderamente cristiana que nos han manifestado, nos ha dado la seguridad de la fraterna acogida que hemos recibido de Vuestra Beatitud y de Sus fieles. Nuestra esperanza se ha realizado ampliamente.

Una aspiración fluye cada vez más en los corazones cristianos. El deseo de realizar lo que el Apostol de las gentes aconejaba: olvidad el pasado, lanzaos hacia el porvenir, con los ojos fijos en Jesús, Autor y Consumador de nuestra fe. Este espíritu ya se ha manifestado de

modo concreto en esta Ciudad santa, en los esfuerzos actuales de todos los cristianos para trabajar de común acuerdo en el cuidado reverente y en una digna veneración de esta tierra bendita, donde Nuestro Señor, triunfante desde la Cruz y victorioso del sepulcro, ha cumplido la gran misión de reconciliación recibida del Padre.

Nos saludamos estas manifestaciones de cristiana caridad que ya existen, y expresamos el deseo ardiente en que puedan multiplicarse y extenderse a todos los campos de nuestro esfuerzo cristiano.

Hemos venido a esta Santa Ciudad como peregrino orante.

En la oración que ofrecemos a Dios, nuestro Padre, y a nuestro Salvador Jesús, Su divino Hijo, Nos recordamos a Vuestra Beatitud y la grey de la que sois Pastor.

Puedan las gracias y los favores de Dios descender en abundancia sobre todos.

## EN LA IGLESIA DE SANTA ANA

*Antes de recogerse en la Basílica de Getsemaní para la Hora Santa, el Sumo Pontífice se detiene en la Basílica de Santa Ana, donde están reunidos los Patriarcas, Arzobispos, Obispos, Sacerdotes, religiosos y fieles católicos de las diversas modalidades del Rito Oriental.*

*“Hace casi tres cuartos de siglo que se tuvo en Jerusalén un Congreso Eucarístico que marcó una fecha importante para la Iglesia de Oriente en comunión con la Catedral de Roma. Que la situación ha cambiado desde aquella época lo evidencia vuestra presencia, venerables Hermanos de la Iglesia de Oriente.*

*Grande es nuestra alegría al encontrarlos. Hemos venido en peregrinación, vosotros lo sabéis, para seguir los pasos de Cristo en la ‘santa y gloriosa Sión, madre de toda la Iglesia’, tomando una frase de la antigua liturgia jerosolimitana de Santiago. El lugar de la vida, pasión y resurrección del Señor es en efecto, donde la Iglesia nació. Nadie puede olvidar que cuando Dios quiso elegir como hombre una patria, una lengua, una familia en este mundo, la tomó del Oriente. En Oriente buscó los Apóstoles ‘y antes que en ninguna parte en Palestina los Apóstoles predicaron la fe en Jesucristo y fundaron iglesias. Luego se esparcieron por el mundo y nos anunciaron la misma doctrina y la misma fe’. Toda nación recibía la buena semilla de su predicación en la mentalidad y cultura que le era propia. Cada Iglesia local crecía con la propia personalidad, los propios usos, la manera propia de celebrar los mismos misterios sin que esto reportase daño a la unidad de la fe, a la comunión de todos en la caridad y en el respeto del orden establecido por Cristo. Este es el origen de nuestra diversidad en la unidad, de nuestra catolicidad, nota siempre esencial a la Iglesia de Cristo y de la cual el Espíritu Santo nos concede hacer*

*nueva experiencia en nuestro tiempo con el Concilio.*

*Como la unidad no es católica sino en el pleno respeto de la legítima diversidad de cada uno, así la diversidad no es católica más que en la medida en que respeta la unidad, sirve a la caridad, contribuye a la edificación ‘del pueblo santo de Dios’. En nuestro gozo de encontrarnos aquí reunidos, en esta vuestra tierra de Oriente, no podemos dejar de sentir viva y profundamente la exigencia del testimonio de la unidad, la gran señal dada por Cristo para la fe del mundo: “QUE ELLOS SEAN UNA COSA SOLA, A FIN DE QUE EL MUNDO CREA”.*

*Y esta unidad, que es nuestra, manifestémosla ante todo entre nosotros católicos en la mayor medida posible, con una colaboración sin rivalidad al total servicio de la Iglesia y con la única preocupación del bien de los fieles. Manifestemos también cuanto más sea posible la unidad que, aunque incompleta y herida, existe ya con los otros cristianos, hermanos nuestros de sangre y de tradición. Como hemos tenido ya ocasión de decirlo otras veces ¿no tienen el mismo bautismo, la misma fe fundamental, el mismo sacerdocio, no ofrecen el único sacrificio del único Señor de la Iglesia?*

*Finalmente, no olvidemos que nuestro prójimo, aquel que debemos amar como a nosotros mismos, no es solamente nuestro hermano cristiano.*

*Que el Señor nos dé a todos vivir en caridad, hacerla reinar en esta tierra donde el amor y la bondad de Dios se han amnifestado con la más grande prueba de amor: dar la vida por aquellas a quienes se ama.”*

### **SALUDO AL PRESIDENTE DE ISRAEL, S. E. SAHMAN SHAZAR, EN MEGGIDO**

(día 5, a las 8,15 horas)

*La acogida, llena de respeto y cordialidad que Vuestra Exceelncia nos ha querido reservar viniendo personalmente a vernos, nos impresiona profundamente. Deseamos expresarle nuestro reconocimiento también por todas las atenciones con que las autoridades han querido rodear nuestro viaje.*

*Querriamos que nuestras primeras palabras expresasen toda la emoción que experimentamos viendo con nuestros ojos y pisando con nuestros pies esta tierra donde vivieron un día los Patriarcas, nuestros padres en la Fe; esta tierra donde resonó durante tantos siglos la voz de los Profetas que hablaban en nombre del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Esta tierra, por fin y especialmente, que la presencia de Jesucristo ha hecho que sea ya bendita y sagrada para los cristianos y se puede decir para el mundo entero.*

*Vuestra Excelencia sabe, y Dios es testigo, que a Nos en esta visita no nos guía ninguna consideración que no sea de orden puramente espiritual. Venimos como peregrinos; venimos a venerar los Santos Lugares; venimos a orar.*

*Desde esta tierra, única en el mundo por la grandiosidad de los acontecimientos de que ha sido teatro, nuestra humilde oración se eleva hasta Dios por todos los hombres creyentes y no creyentes. En ella, con gran placer saludamos a los hijos del pueblo de la Alianza, de quienes no podemos olvidar la parte que han tenido en la historia religiosa de la humanidad.*

*Como Peregrino de la Paz, imploramos ante todo el bien de la reconciliación del mundo con Dios y el de la concordia profunda y sincera entre todos los hombres y entre todos los pueblos.*

*Quiera Dios oír nuestra oración, aquel Dios que tiene para nosotros, como proclama el Profeta, pensamiento de paz y no de aflicción. Que Él se digne derramar sobre el mundo atormentado de hoy este don incomparable cuyo eco resuena a través de todas las páginas de la Biblia y en el que Nos resumimos nuestro saludo: “Shalom, Shalom”.*

# HOMENAJE FILIAL A LA MADRE DE DIOS EN NAZARET

ESCUELA DEL EVANGELIO

(En la Iglesia de la Anunciación. Día 5 a las 10,25)

En Nazaret, Nuestro primer pensamiento va hacia la Santísima Virgen:  
Para presentarle el homenaje de Nuestra devoción filial.

Para nutrir esta devoción con los motivos que deben hacerla verdadera, profunda, única, conforme a los designios de Dios: Ella es la criatura llena de gracia, la Inmaculada, la siempre virgen, la Madre de Cristo, y por ello la Madre de Dios y Madre nuestra, la mujer que ha subido al cielo, la Reina bienaventurada, el modelo de la Iglesia, nuestra esperanza.

Nos le ofrecemos primero Nuestra humilde y filial voluntad de honrarla y de celebrar siempre por un culto especial que reconoce las maravillas de Dios en ella, con una devoción particular que manifiesta Nuestros sentimientos más piadosos, más puros, más humanos, más personales, más confiados y que hace brillar muy alto, sobre el mundo, el ejemplo alentador de la perfección humana.

Y Nos le presentamos en seguida las peticiones que tenemos más en el corazón, pues queremos rendir homenaje a su bondad y a su poder de amor y de intercesión:

- el ruego de mantener en Nuestro corazón una sincera devoción a Ella;
- el ruego de hacernos comprender, desear, poseer sosegadamente la pureza de alma y de cuerpo, en el pensamiento y en las palabras, en las artes y en el amor; esta pureza que el mundo de hoy se encarniza combatiéndola y profanándola; esta pureza a la que Cristo ha vinculado una de sus promesas, una de sus bienaventuranzas: la de una mirada luminosa en la visión de Dios;
- el ruego por consiguiente de ser admitidos por Ella, Nuestra Señora, señora de la casa, y por su esposo, el dulce y poderoso San José, en la intimidad de Cristo, su humano y divino Hijo, Jesús.

## LA ESCUELA DE NAZARET

Nazaret es la escuela donde se empieza a comprender la vida de Jesús: la escuela del Evangelio. Aquí se aprende a mirar, a escuchar, a meditar, a penetrar la significación, tan humilde y misteriosa de esta sencillísima, humildísima y bellísima manifestación del Hijo de Dios. Tal vez se aprenda también, insensiblemente a imitarle. Aquí se aprende el método que nos permitirá comprender quién es Cristo. Aquí se descubre la necesidad de observar el panorama de su estancia entre nosotros; los lugares, los tiempos, las costumbres, el lenguaje, las prácticas religiosas, todo aquello de que se ha servido Jesús para revelarse al mundo. Aquí todo habla, todo tiene un sentido. Todo reviste una doble significación; una significación exterior primero, la que los sentidos y las facultades de percepción inmediata pueden deducir de la escena evangélica, la de las gentes que miran al exterior, que se contentan con estudiar y criticar la vestidura filosófica e histórica de los libros santos, lo que el lenguaje bíblico llama "la letra". Este estudio es importante y necesario, pero quien se queda en él permanece en la obscuridad; puede incluso suscitar la ilusión orgullosa del saber entre los que observan los aspectos exteriores del Evangelio sin tener la mirada límpida, el corazón humilde, la intención recta y el alma en oración.

El Evangelio no entrega su significación interior es decir, la revelación de la verdad, de la realidad que manifiesta y a la vez sustrae a las miradas, más que a aquellos que se ponen de acuerdo con la luz, acuerdo que procede de la rectitud de espíritu, es decir de los pensamientos y del corazón — condición subjetiva y humana que cada uno debería procurarse a sí mismo — pero acuerdo que procede

al mismo tiempo de la imponderable, libre y gratuita iluminación de la gracia. Ésta es la razón del misterio de misericordia que rige el destino de la humanidad que de hecho nunca falta; por lo menos en ciertas horas y bajo ciertas formas, no puede faltar jamás a los hombres de buena voluntad. Es el Espíritu.

Aquí, en esta escuela, se comprende la necesidad de tener una disciplina espiritual si uno quiere seguir las enseñanzas del Evangelio y hacerse discípulo de Cristo. ¡Oh, cómo querríamos volver a ser niños para ir a esta humilde y sublime escuela de Nazaret! Cómo querríamos, junto a María, empezar de nuevo a adquirir la verdadera ciencia de la vida y la sabiduría superior de las verdades divinas.

Pero no hacemos más que pasar. Nos es preciso dejar este deseo de proseguir aquí la educación nunca acabada para entender el Evangelio. Partiremos, pero no sin haber aprendido, apresuradamente y como a escondidas, algunas breves lecciones de Nazaret.

### **PRIMERO UNA LECCIÓN DE SILENCIO**

Que renazca en nosotros la estima del silencio, esa admirable e indispensable condición del espíritu; en nosotros que nos asaltan tantos clamores ruidosos, y tantos gritos en nuestra vida moderna hipersensibilizada. ¡Oh, silencio de Nazaret, enséñanos el recogimiento, la vida interior, la disposición a escuchar las buenas inspiraciones y las palabras de los verdaderos maestros; enséñanos la necesidad y el valor de las preparaciones, del estudio, de la meditación, de la vida personal interior, de la oración en la intimidad sólo vista por Dios!

### **UNA LECCIÓN DE VIDA FAMILIAR**

Que Nazaret nos enseñe lo que es la familia, su comunión de amor, su austera y sencilla belleza, su carácter sagrado e inviolable; aprendamos de Nazaret cómo la formación que uno recibe en la familia es dulce e irremplazable; aprendamos que es su misión primordial en el plan social.

### **UNA LECCIÓN DE TRABAJO**

Nazaret, o la casa del “hijo del carpintero”, es aquí donde querríamos comprender y ponderar la ley severa y redentora del trabajo humano; aquí restablecer la conciencia de la nobleza del trabajo; aquí, recordar que el trabajo no puede ser un fin en sí mismo, pero que su libertad y su nobleza le vienen, además de su valor económico, de los valores a cuyo fin se dirige. ¡Cómo querríamos, por fin, saludar aquí a todos los trabajadores del mundo entero y mostrarles su gran modelo, su hermano divino, el profeta de todas sus justas causas, Cristo Nuestro Señor!

He aquí que Nuestro pensamiento se aleja de Nazaret yendo hacia los montes de Galilea que han sido el escenario y la decoración naturales a la voz del Maestro Nuestro Señor. El tiempo falta, faltan también las fuerzas suficientes para proclamar, en este momento, el Mensaje divino destinado a todo el universo.

### **LAS BIENAVENTURANZAS**

Pero no podemos negarnos a mirar hacia la montaña de las bienaventuranzas, que constituyen la síntesis y la suma de la predicción evangélica, ni dejar de percibir el oído para escuchar los ecos de este discurso, que la atmósfera misteriosa de estos lugares parece hacer llegar hasta Nos.

Es la voz de Cristo que promulga el Nuevo Testamento, la ley nueva que integra y sobrepasa a la antigua, y lleva a la cumbre de la perfección la conducta del hombre. El gran motivo de la actividad humana, de la obligación que apela a su libertad: en el Antiguo Testamento era el temor; en la práctica de todos los tiempos y en el nuestro, es el instinto, es el interés; para Cristo dado al mundo por el Padre por amor, es el amor. Él mismo nos enseña a obedecer por amor: ésta fue su liberación. Pues como nos lo enseña San Agustín: “Dios dio sus Mandamientos menos perfectos al pueblo que precisaba tener bajo el temor; y sus Mandamientos más perfectos por su Hijo al pueblo que había decidido liberar desde entonces por el amor”.

Con su Evangelio, Cristo aporta al mundo el fin supremo y la fuerza suprema de la acción, y por lo mismo de la libertad y del progreso: el amor. Ningún fin puede superarlo. Ninguno ser mejor, ninguno reemplazarlo.

Su Evangelio constituye el código de la vida. Es en la palabra de Cristo donde la persona humana encuentra su nivel más elevado; y la sociedad humana encuentra su más auténtica y su más fuerte cohesión.

Nosotros creemos, Señor, en tu palabra. Nosotros buscamos seguirla y vivirla. Entretanto escuchamos el eco que viene a repercutir en nuestros espíritus de hombres del siglo xx. He aquí las enseñanzas que esta palabra parece darnos.

Bienaventurados seremos si pobres en espíritu sabemos librarnos de la engañosa confianza en las riquezas materiales y poner nuestros deseos primero en los bienes espirituales y religiosos, si tenemos respeto y amor para los pobres como hermanos que son e imágenes vivientes de Cristo.

Bienaventurados seremos si formados en la suavidad de los fuertes sabemos renunciar al funesto poder del odio y de la venganza y tenemos la prudencia de preferir al temor que inspiran las armas la generosidad del perdón, la alianza en la libertad y en el trabajo, la conquista por la bondad y por la paz.

Bienaventurados seremos si no hacemos del egoísmo el primer guía de la vida, y del placer su fin, sino que por el contrario sabemos descubrir en la templanza una fuente de energía, en el dolor un instrumento de redención, en el sacrificio la suma de la grandeza.

Bienaventurados seremos si deseamos mejor ser oprimidos que opresores y si tenemos siempre hambre de una justicia cada vez mayor.

Bienaventurados seremos si por el Reino de Dios sabemos, en el tiempo y aún más allá, perdonar y luchar, trabajar y servir, sufrir y amar.

No nos sentiremos decepcionados en la eternidad.

Tales son los acentos que su voz nos parece tomar en nuestros días: entonces fue más fuerte, más dulce, más terrible.

Pero Nos buscando recoger algunos ecos de la palabra del Maestro, nos parece convertirnos en sus discípulos y poseer, no sin razón, una nueva sabiduría y un nuevo valor.

## **A LA SALIDA DEL TERRITORIO ISRAELÍ, Y CONTESTANDO AL PRESIDENTE, PAULO VI VINDICA LA MEMORIA DE PÍO XII**

(a las 19,00 horas)

**Excelencia:**

Al término de esta inolvidable jornada, queríamos con vos, elevar hacia Dios el himno del reconocimiento. No se olvidan, cuando se han visto una vez, estos lugares que hacen revivir a la vez el Antiguo y el Nuevo Testamento, estos lugares impregnados de los recuerdos de la Biblia, de los ejemplos y de las enseñanzas de Cristo.

A las autoridades y a todos los que están aquí presentes expresamos de nuevo Nuestra satisfacción por esta visita, Nuestra gratitud por la acogida de que hemos sido objeto y por las atenciones que se Nos han tenido.

Hemos venido entre vosotros con los sentimientos de Aquél que Nos tenemos conciencia de representar, y que los Profetas anunciaron en otro tiempo como "Príncipe de la Paz". Es decir, que alimentamos respecto a todos los hombres y a todos los pueblos nada más que pensamientos de benevolencia. La Iglesia, en efecto, los ama igualmente a todos. Nuestro gran Predecesor Pío XII afirmó con fuerza y repetidas veces, en el curso del último conflicto mundial y todo el mundo lo sabe lo que él hizo por la defensa y la salvación de todos los que sufrían la prueba, sin ninguna distinción. Sin embargo, vos lo sabéis, se han querido lanzar suposiciones, incluso acusaciones contra la memoria de este gran Pontífice. Somos dichosos de tener la ocasión de afirmar en este día y en este lugar: nada más injusto que este atentado a tan venerable memoria.

Los que como Nos han conocido de cerca esta alma admirable, saben hasta dónde podía llegar su sensibilidad, su compasión por los sufrimientos humanos, su valor, la delicadeza de su corazón.

Lo sabían muy bien aquellos que, después de la guerra, con lágrimas en los ojos, le daban las gracias por haberles salvado la vida. Verdaderamente, a ejemplo de Aquél que representa en la tierra, el Papa desea más que nada el verdadero bien de todos los hombres.

Sentimos los mejores deseos hacia vos, al término de esta visita, Nos complace pensar que nuestros hijos católicos que viven en esta tierra, continúan gozando los derechos y las libertades hoy día habitualmente reconocidos a todos.

De todo corazón invocamos sobre vosotros, sobre nuestros hijos cristianos que Nos rodean aquí, y sobre todos los que, en todo el mundo, alimentan pensamientos de paz y reconciliación, la abundancia de las divinas bendiciones.

## ANTES DE ABANDONAR JERUSALÉN, UNA VISITA AL CENÁCULO

(a las 19,45 horas)

Al entrar en el cenáculo para orar allí devotamente, el Sumo Pontífice dirigió a la comunidad y a los fieles este breve saludo:

*Mis hermanos e hijos bienamados:  
Estoy gozoso de encontrarme aquí y ser recibido por la comunidad religiosa.  
Quiero agradecer a los fieles esta recepción, tan cortés y calurosa, así como expresar mis mejores deseos*

*a todos los hombres y a todos los católicos y asegurarles mi recuerdo especial, al tiempo que les recomiendo su permanencia en la comunión espiritual con toda la Iglesia. Toda la Iglesia mira hacia ellos y ruega por ellos.*

## CONTESTACIÓN DE SU SANTIDAD PAULO VI, AL PATRIARCA DE CONSTANTINOPLA ATENÁGORAS

(a las 21,12 horas)

*“Grande es nuestra emoción, profundo nuestro gozo en esta hora verdaderamente histórica, en que, después de siglos y de espera, la Iglesia católica y el Patriarcado de Constantinopla se hacen nuevamente presentes en la persona de sus representantes más altas.*

*Grande y profundo es también nuestro reconocimiento hacia Vuestra Beatitud que ha querido dejar un instante su sede patriarcal para venir aquí a nuestro encuentro.*

*Pero, ante todo, es hacia Dios, Omnipotente que es el Señor de la Iglesia, hacia quien suben los acentos de nuestra humilde gratitud.*

*Una antigua tradición cristiana quiere ver el centro del mundo en el lugar en que fue plantada la cruz de nuestro Salvador, desde la cual Él, alzado sobre la tierra, lo atrae todo a Sí mismo.*

*Era conveniente y la Providencia lo ha permitido, que en este lugar, en este centro, siempre sagrado y bendito, nosotros, peregrinos de Roma y Constantinopla, pudiéramos encontrarnos y unirnos en una oración común.*

*Vuestra Beatitud ha deseado este encuentro desde el tiempo de nuestro inolvidable predecesor Juan XXIII, por el cual no escondía sus simpatías, su estima, aplicándole, con una estupenda intuición la palabra del Evangelio: ‘Hubo un hombre enviado por Dios que se llamó Juan’.*

*Él también había deseado este encuentro, como Vuestra Beatitud sabe tan bien como Nos. Su muerte repentina no le permitió traducir en realidad este anhelo de su corazón. Las palabras de Cristo: ‘que ellos sean una misma cosa’, volviendo repentinamente a sus labios de moribundo, no permiten dudar de que ésta fue una de sus intenciones más queridas, por la cual ofreció a Dios una larga agonía y su preciosa vida. Ciertamente, los caminos que por una parte y por otra conducen a la unión, pueden ser largos y llenos de dificultades, pero los dos caminos convergen el uno hacia el otro y llegan a la fuente del Evangelio. ¿Y no será ya un buen auspicio*

*el que el encuentro de hoy se realice en esta tierra donde Cristo ha fundado su Iglesia y derramado por ella su sangre?*

*De todos modos, ésta es una manifestación elocuente de la profunda voluntad, que, gracias a Dios, inspira siempre y cada vez más a todos los cristianos dignos de este nombre: La voluntad de trabajar con el fin de superar las divisiones y abatir las barreras; la voluntad de avanzar resueltamente por los caminos que conducen a la reconciliación. Las divergencias de orden doctrinal, litúrgico y disciplinar deberán ser examinadas en su tiempo y lugar con espíritu de fidelidad a la verdad y de comprensión en la caridad. Pero lo que ya desde ahora puede crecer es esta caridad fraterna, ingeniosa en hallar nuevas formas de manifestarse; una caridad por la cual enseñada por las experiencias del pasado, está dispuesta a perdonar; propensa a creer con más gusto en el bien que en el mal, cuidadosa, sobre todo, de conformarse con el Divino Maestro, dejarse atraer y transformar por Él.*

*Que sea símbolo de esta caridad y ejemplo de ella, el beso de paz que el Señor nos ha concedido darnos en esta tierra bendita y las oraciones que Jesucristo nos ha enseñado y que ahora vamos a rezar juntos. No podemos expresar cómo se debe, hasta qué punto su gesto nos ha conmovido, y no solamente a Nos personalmente, sino a la Iglesia Romana el pueblo y todo entero el Concilio Ecuménico, los que tomarán nota con alegría profunda de este acontecimiento histórico. Por lo que a Nos toca, elevamos a Dios una plegaria de acción de gracias y le pedimos que nos ayude para proseguir, por este camino, y que derrame sobre Vuestra Beatitud y sobre Nos que lo hemos comprendido con fe y con confianza, la bendición que nos asegurará un resultado feliz. Con estos sentimientos, no os decimos un adiós, sino, si lo permitís, hasta la vista.*

*Fundados en la esperanza de nuevos y fecundos encuentros ‘in nomine Domini’. En el nombre del Señor.”*

## COMUNICADO OFICIAL DE LA ENTREVISTA

*“Al final de su encuentro en Jerusalén, el Padre Santo, Paulo VI, y el patriarca ecuménico Atenágoras, con el acuerdo de su Santo Sínodo, han reconocido juntamente la gran significación de este acontecimiento y han dado gracias a Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que ha guiado sus pasos hacia la Tierra Santa, donde nuestro común Redentor, Cristo Nuestro Señor nació, enseñó, murió, resucitó y subió a los cielos, donde Él envió al Espíritu Santo sobre la naciente Iglesia.*

*Este reencuentro no puede ser considerado sino como un gesto fraternal, inspirado por la caridad de Cristo, que dejó a sus discípulos el mandamiento supremo de amarse los unos a los otros, de perdonar las ofensas hasta setenta veces siete y de estar unidos entre sí.*

*Los dos peregrinos, con los ojos fijos en Cristo, ejemplo y autor, con el Padre, de la unidad y de la paz, ruegan a Dios que este reencuentro sea el signo y el prelude de cosas que vendrán para la gloria de Dios y para la iluminación de su pueblo fiel. Después de tantos siglos de silencio, los dos se mantienen juntos en el deseo de realizar la voluntad del Señor y de proclamar la antigua verdad de su Evangelio confiado a la Iglesia.*

*Estos sentimientos comunes se manifiestan en todos los miembros de las jerarquías respectivas y todos los fieles, a fin de que ellos mismos quieran participar y dirijan hacia Dios nuevas oraciones para que resplandezca siempre, a los ojos de todos los cristianos, la verdad de la única Iglesia de Cristo y de su Evangelio, luz y salud del mundo.”*

# EN BELEN - FESTIVIDAD DE LA EPIFANIA

En la solemnidad de la Epifanía, después de haber celebrado Misa en la sagrada gruta de Belén, en el altar de los Magos, contiguo al lugar bendito donde nació el Redentor, Paulo VI, después de emotiva súplica al Hijo de Dios, ha dirigido a la Iglesia y al mundo su gran llamada a la fraternidad, a la unión y a la paz.

(día 6 a las 7,42 horas)

Querriamos dirigiarnos sencillamente  
Primero a Cristo.  
Después a la Iglesia.  
Y por fin, al mundo.

## A CRISTO

En esta fiesta de la Epifanía — que reviste el doble aspecto de la manifestación de Dios y de la llamada a todos los pueblos de la fe — ofrecemos de todo corazón, con humildad y modestia, pero con sincero gozo, la ofrenda de nuestra fe, de nuestra esperanza y de nuestro amor.

Solemnemente Nos le dirigimos, haciéndola Nuestra la profesión de fe de Pedro: “Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo”.

Le decimos también como Pedro: “Señor, ¿a quién seguiremos? Tú sólo tienes palabras de vida eterna.

Incluso hacemos nuestro el grito arrepentido y el deseo sincero de Pedro: “Señor, Tú lo sabes todo; Tú sabes que te amamos”.

A sus pies, como en otro tiempo los Magos, ponemos los dones simbólicos reconociendo en Él, al Primogénito de la humanidad, Verbo de Dios hecho carne y hombre, hijo de la Santísima Virgen María, nuestra Madre. Le saludamos como el Mesías, el Cristo, el Mediador único e irremplazable entre Dios y los hombres, el Sacerdote, el Maestro, el Rey, el que fue, el que es y el que será.

Esta es la confesión que proclama hoy la Iglesia de Roma, esta Iglesia que fue la de Pedro, y que Vos mismo habéis fundado, Señor sobre esta misma piedra, y que es, por este hecho, vuestra Iglesia. He aquí por qué hoy vuestra Iglesia se prolonga a través de la sucesión apostólica ininterrumpida desde sus orígenes; esta Iglesia

Vos la sostenéis y la defendéis; Vos la purificais y la fortificais; Vos sois la vida ¡oh Cristo! de la Iglesia de Roma.

Esta profesión, Señor es la de toda vuestra Iglesia, que queréis que sea una, santa, católica y apostólica. Todos los Pastores y los sacerdotes, todos los religiosos y los fieles, todos los catecúmenos de vuestra Iglesia universal os presentan con Nos, esta misma profesión de fe, de esperanza y de amor.

Todos nos acogemos a vuestra humildad y confesamos vuestra grandeza, todos escuchamos vuestra Palabra y esperamos vuestro retorno al fin de los tiempos. Todos os damos las gracias Señor, por habernos salvado, elevado a la dignidad de hijos de Dios, por haber hecho de nosotros vuestros hermanos y habernos infundido los dones del Espíritu Santo.

Todos os prometemos vivir en cristiano, en esfuerzo de docilidad continua a vuestra gracia y de renovación en las costumbres. Todos nos esforzaremos en extender por el mundo vuestro mensaje de salvación y de amor.

## A LA IGLESIA

Ante esta cuna, Señor, queremos dirigir nuestra palabra a la Iglesia, a la cabeza de la cual habéis querido elegir nuestra pobre persona como pastor universal.

Esta palabra, hela aquí, sencillamente: que la Iglesia de Cristo quiera estar hoy con Nos y asociarse a la ofrenda que también en su nombre ofrecemos al Señor. En esta comunión reside su eficiencia, su dignidad, su armonía con estas notas que autentifican la verdadera Iglesia. Vivimos la hora histórica en que la Iglesia de Cristo debe vivir su unidad profunda y visible. Es la hora en que hemos de responder al deseo de Cristo: "Que ellos sean uno y que el mundo conozca que Tú, Padre, me has enviado". A la unidad interna de la Iglesia corresponde al exterior su fuerza apologética y misional.

Hemos de acabar nuestro Concilio Ecuménico; debemos asegurar a la vida de la Iglesia una nueva manera de sentir, de querer y de comportarse; hacerle encontrar de nuevo una belleza espiritual bajo todos los aspectos: en el campo del pensamiento, de la palabra, de la oración, de los métodos de educación, del arte y de la legislación canónica.

Será preciso un esfuerzo unánime al que todos los grupos deben aportar su colaboración. Que cada uno oiga la llamada que le dirige Cristo. Pero Nos no podemos menos que dirigir la misma invitación a los Hermanos cristianos que no están en comunión perfecta con nosotros. Desde ahora aparece claramente a todos que no puede eludirse el problema de la unidad; hoy esta voluntad de Cristo se impone a nuestros espíritus y nos obliga a emprender con prudencia y amor todo lo que es posible para permitir a todos los cristianos gozar del beneficio y del supremo honor de la unidad de la Iglesia.

Aun en las circunstancias particulares en que nos encontramos hoy, Nos debemos decir que tal resultado no puede ser obtenido en detrimento de las verdades de la fe. No podemos ser infiel a este patrimonio de Cristo; no es nuestro, sino suyo; nosotros no somos más que los depositarios y los intérpretes. Pero, lo repetimos, estamos dispuestos a tomar en consideración todo medio razonable capaz de allanar el camino del diálogo, dentro del respeto y la caridad, en vistas de un encuentro venidero — y Dios quiera que esté próximo — con los hermanos cristianos aún separados de nosotros. La puerta del redil está abierta. La espera de todos es leal y cordial. El deseo fuerte y paciente. El lugar disponible amplio y cómodo. El paso a franquear es esperado con todo Nuestro afecto, y puede ser dado con honor y gozo mutuo. Nos abstenemos de solicitar diligencias (demarches) que no serían libres y plenamente convencidas, es decir, movidas por el Espíritu del Señor, que soplará donde y cuando Él quiera. Nos esperamos esta hora bienaventurada. No pedimos por el momento a nuestros queridos hermanos separados más que aquello que nos proponemos a nosotros mismos: que el amor de Cristo y de la Iglesia inspire toda diligencia eventual de acercamiento y de encuentro. Nos haremos de manera que el deseo de entendimiento y de unión permanezca vivo e inalterado; pondremos Nuestra confianza en la oración. Aun cuando ésta no sea todavía común, puede ser

por lo menos simultánea y elevarse paralelamente de nuestros corazones y del de los cristianos separados para juntarse a los pies del Altísimo, del Dios de la Unidad.

Entretanto saludamos con mucho respeto y afecto a los ilustres y venerables Jefes de las Iglesias distintas de la Nuestra, reunidos aquí; les damos cordialmente las gracias por haber participado en Nuestra peregrinación y rendimos homenaje a la parte que ellos poseen del auténtico tesoro de la tradición cristiana y expresamos Nuestro deseo de un entendimiento en la fe dentro de la caridad y la disciplina de la Iglesia de Cristo. Mandamos Nuestros deseos de paz y de prosperidad a todos los pastores, sacerdotes y fieles de esas mismas iglesias; sobre todos invocamos la luz y la gracia del Espíritu Santo.

Sentimos profundo contento porque el encuentro que hemos tenido aquí, durante estos días benditos, con el Patriarca Ecuménico de Constantinopla se haya realizado en la forma más amable y se hayan revelado plenamente las mejores esperanzas; damos gracias al Señor de todo corazón y le rogamos que Él mismo *qui coepit in nobis opus bonum ipse perficiat*. El Señor que ha empezado en Nos esta obra buena de la paz y de la unión, quiera conducirla a buen fin.

## AL MUNDO

Queremos por fin desde este lugar bendito y en esta hora tan particular dirigir algunas palabras al mundo. Por "mundo" Nos queremos designar todos aquellos que miran el cristianismo desde fuera, ya sean o se sientan como extraños en él.

Querriamos ante todo presentarnos una vez más, a este mundo en medio del cual nos encontramos. Nos somos los representantes y los promotores de la religión cristiana. Tenemos la certeza de promover una causa que viene de Dios; somos sus discípulos, los apóstoles, los misioneros de Jesús, Hijo de Dios y Hijo de Maria, el Mesías, el Cristo. Somos los continuadores de su Misión, los heraldos de su mensaje, los ministros de su religión que sabemos poseer todas las garantías divinas de la verdad. No tenemos otro interés que el de anunciar nuestra fe. No pedimos nada más que la libertad de profesar y de proponer a quien la quiera, con toda libertad, acogerse a esta religión, a este lazo nuevo instaurado entre los hombres y Dios por Jesucristo, Nuestro Señor. Queremos añadir otro punto que rogamos al mundo lo tome lealmente en consideración. Se trata del fin inmediato de nuestra misión que es el siguiente: Deseamos trabajar para el bien del mundo, por su interés, por su salvación. Y Nos creemos también que la salvación que le ofrecemos le es necesaria.

Esta afirmación implica muchas cosas. Así: miramos al mundo con mucha simpatía. Si el mundo se siente extraño al cristianismo, el cristianismo no se siente extraño al mundo, sea cual sea el aspecto en que éste se presente, y sea cual sea la actitud que guarde respecto a él. Que el mundo lo sepa pues: los representantes y los promotores de la religión cristiana aman al mundo con un amor grande e inextinguible: el amor que la fe cristiana pone en el corazón de la Iglesia; esta Iglesia no hace otra cosa que servir de intermediaria al amor inmenso y maravilloso de Dios con respecto a los hombres.

Esto quiere decir que la misión del cristianismo es una misión de amistad entre los pueblos de la tierra, una misión de comprensión, de aliento, de promoción, de elevación y, digámoslo una vez más, de salvación.

Sabemos que el hombre moderno pone su orgullo en hacer las cosas por sí mismo; inventa novedades y realiza cosas asombrosas. Pero todas esas realizaciones no le hacen ni mejor, ni más feliz; no aportan a los problemas del hombre una solución radical, definitiva y universal. El hombre, lo sabemos, lucha contra sí mismo; siente dudas atroces. Sabemos que su alma está invadida por las tinieblas y asediada por los sufrimientos, Nos tenemos un mensaje que darle. Y lo creemos liberado. Y Nos nos creemos tanto más autorizados a proponerlo porque es plenamente humano. Es el mensaje del Hombre al hombre.

El Cristo que Nos ofrecemos a la humanidad es "el Hijo del Hombre", como Él se llamó a sí mismo. Es el Primogénito, es el Prototipo de la nueva humanidad; es el Hermano y es el Compañero, es el Amigo por excelencia. De sólo Él se ha po-

dido decir con toda verdad *que conocía lo que había en el hombre*. Es enviado de Dios no para condenar al mundo, sino para salvarlo.

Es el buen Pastor de la humanidad. No hay valor humano que Él no haya respetado, realzado y redimido. No hay sufrimiento humano que no haya comprendido, compartido y valorizado. No hay necesidad humana — exceptuando toda imperfección moral — que no haya asumido y probado en sí mismo y propuesto a la ingeniosidad y al corazón de otros hombres como objeto de su solicitud y de su amor, y por así decirlo, como condición de su propia salvación. Aun para el mal que en calidad de médico de la humanidad ha conocido y denunciado con el más enérgico vigor, ha tenido una infinita misericordia, hasta hacer surgir, por medio de la gracia, en el corazón del hombre sorprendentes manantiales de redención y de vida.

Pues bien que sepa el mundo cómo Cristo vive aún hoy día en su Iglesia, se manifiesta al mundo desde este lugar, desde esta cuna que señala su aparición en la tierra.

Que el mundo que nos rodea se digne pues recibir hoy, en nombre de Jesucristo, Nuestro saludo lleno de respeto y de afecto.

Este saludo deferente lo dirigimos de una manera particular a quien quiera que profese el monoteísmo y con nosotros rinda culto religioso al único y verdadero Dios, al Dios vivo y supremo, al Dios de Abraham, el Altísimo, Aquél que precisamente sobre esta tierra — en día lejano que recuerdan la Biblia y el Misal — un personaje misterioso del que la Escritura ni nos ha transmitido ni la genealogía ni el fin y cuyo sacerdocio real ha servido a Cristo para nombrarse a sí mismo, Malquisedech, celebra como *el Dios altísimo, creador del cielo y la tierra*.

Nosotros, cristianos instruidos por la revelación sabemos que en Dios subsisten tres Personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo, pero siempre reconocemos la naturaleza divina como única y proclamamos al Dios único, viviente y verdadero. Que a esos pueblos que adoran a un Dios único lleguen también nuestros deseos de paz en la justicia.

Nuestro saludo se dirige también a todos los pueblos a los que nuestros misioneros católicos aportan, al mismo tiempo que el Evangelio, una invitación a participar en su universalidad y un fermento capaz de llevarles a la civilización.

Mas nuestro saludo de hoy no puede conocer límites. Sobrepasa todas las barreras y quiere llegar a todos los hombres de buena voluntad, incluso aquellos que por el momento no muestran ninguna benevolencia para la religión de Cristo, que se esfuerzan en obstaculizar su difusión y en combatir a los fieles. Aun a los perseguidores del catolicismo y a los que niegan a Dios y a Cristo, les mandamos Nuestro recuerdo, triste y doloroso y serenamente les preguntamos: ¿Por qué? ¿Por qué?

En el momento de dejar Belén, este lugar de pureza y de calma, donde nació, hace veinte siglos Aquél que Nos imploramos como Príncipe de la Paz, sentimos el imperioso deber de renovar a los Jefes de Estado y a todos aquellos que tienen responsabilidad en los pueblos, Nuestra llamada apremiante en favor de la paz del mundo. Que los gobernantes oigan este grito de Nuestro corazón y que prosigan generosamente sus esfuerzos para asegurar a la humanidad la paz a que aspira ardientemente. Que encuentren cerca del Todopoderoso y en lo más íntimo de su conciencia de hombre una inteligencia más clara, una voluntad más ardiente, un espíritu renovado de concordia y de generosidad, a fin de evitar, a todo precio al mundo, las angustias y los horrores de una nueva guerra mundial, cuyas consecuencias son incalculables. Que colaboren aún más eficazmente para instaurar la paz en la verdad, en la justicia, en la libertad y en el amor fraternal. Tal es el deseo que Nos no hemos cesado de presentar a Dios en una oración constante durante el curso de esta peregrinación. Todas las iniciativas leales que tiendan a realizarla encontrarán Nuestro apoyo y las bendeciremos de todo corazón.

Con el corazón lleno de estos pensamientos y de estas oraciones, desde Belén, patria terrestre de Cristo, invocamos para la humanidad entera la abundancia de los favores divinos.

## DESPEDIDA DEL PAPA PAULO VI AL REY HUSSEIN, EN EL AEROPUERTO DE AMMAN

(a las 14,15 horas)

Ha llegado para Nos la hora de abandonar esta bendita tierra, después de nuestra inolvidable peregrinación. En este momento, no podemos por menos que expresar una vez más nuestra profunda gratitud a Vuestra Majestad y a las autoridades civiles que tanto han hecho para facilitar nuestros desplazamientos y hacerlos fructuosos.

Conservaremos siempre en Nuestro corazón el recuerdo, lleno de consuelos, de esta humilde visita a la Tierra Santa y la de la calurosa acogida que nos han dispensado sus habitantes. Que Dios se lo pague, que Él enjague sus lágrimas y les conceda la paz, la prosperidad y la verdadera dicha.

Con las propias palabras del Apóstol San Pablo, dirigidas a los cristianos de Éfeso, al decirles adiós, Nos también os "encomendamos a Dios y a la palabra de su gracia, que tiene el poder de construir el edificio y daros la parte de heredad con todos los santificados".

Nos os dirigimos también la exhortación que Él dirigía a los efesinos: "Que toda animosidad, llantos, injurias sean desterradas de vosotros, así como toda malicia. Por el contrario, sed benignos unos con otros, misericordiosos, fáciles en perdonaros mutuamente del mismo modo como Dios os ha perdonado en Cristo".

Repitiendo por último las palabras de la salutación apostólica: «Paz a esta tierra y a todos los que en ella moran, Nos invocamos sobre vosotros todas las mejores gracias de lo alto, y os otorgamos a vosotros y a todos los que os son queridos, nuestra paternal Bendición Apostólica».

## DESPUÉS DEL ATERRIZAJE EN EL AEROPUERTO DE CIAMPINO Y RECIBIDO EL SALUDO DEL PRESIDENTE Y AUTORIDADES

Volvemos con el corazón rebotante de una intensa emoción y traemos grabadas para siempre en Nuestra mente las imágenes radiantes y conmovedoras de los Santos Lugares, que nos hablan con una elocuencia sobria de la vida de Jesucristo, de sus sufrimientos y de su amor.

Nos hemos querido que Nuestro viaje a Tierra Santa tome la significación de un reencuentro particular, ferviente y ardiente con Cristo, un proclamar alto ante el mundo, la realidad sublime y la universalidad de la Redención, que el Divino Salvador continúa realizando, por medio de su Iglesia. Al volver a pisar el suelo de Italia, donde Pedro llegó un día para su noble y regeneradora misión, Nos podemos decir que hemos sido fieles a Nuestro compromiso.

La liturgia de la fiesta de la Epifanía nos habla hoy de una gran claridad que desde Jerusalén se esparce por el mundo y triunfa de las tinieblas: "Levántate, recibe la luz, Jerusalén, porque ha venido tu Lumbrera y la gloria del Señor ha nacido sobre ti. Porque he aquí que las tinieblas cubrirán la tierra y la obscuridad a los pueblos; mas sobre ti nacerá el Señor y en ti se dejará ver su gloria. Y a tu luz caminarán las gentes y los Reyes al resplandor de tu nacimiento".

En esta luz divina hemos efectuado Nuestro viaje de oración y penitencia; hemos rogado para que esta luz resplandezca con más fulgor sobre el mundo, cuyas inquietudes, incertidumbres y pavorosas turbaciones nacen de haber querido rechazar y apagar esta luz. Sólo en Jesús, lo repetimos, se encuentra la salvación, en su mensaje de verdad, de bondad y de amor está la respuesta a todas las incógnitas que se presentan. En su voluntad libremente aceptada está la paz del mundo.

Esto es lo que hemos invocado postrados sobre la piedra desnuda del Santo Sepulcro, en el Calvario, en Getsemaní, en el Cenáculo y en Nazaret. Sobre la gruta de la Natividad de Belén, hemos pedido para todos los hombres de buena voluntad el don de la paz, de la paz verdadera y durable. Que el Señor cumpla Nuestros buenos deseos y haga surgir en el camino de su humilde vicario los frutos de la santidad, de la justicia y de la verdad para dar a su pueblo el conocimiento de la salvación... a fin de guiar Nuestros pasos por el camino de la paz.

En este momento Nuestro pensamiento agradecido se dirige hacia las autoridades de aquellos Lugares, que han hecho fácil Nuestro viaje esforzándose para hacer más agradable Nuestra breve estancia en Tierra Santa; a las florecientes comunidades católicas de los Patriarcados Latino, Melquita, Maronita y Armenio; a los Hijos de San Francisco, tan beneméritos con su presencia secular sobre la tierra de Jesús, y a todos Nuestros hermanos en Cristo, que Nos son tan queridos y cuya presencia en los Santos Lugares hace en Nos más aguda la aspiración por la unión deseada.

Agradecemos igualmente al Excmo. Presidente de la República italiana y con él a todas las autoridades, que después de haber querido saludarnos en el momento de Nuestra partida Nos hace ahora más intensa la alegría del retorno, testimoniándonos el afecto de los queridos hijos de Italia y de Roma. Es también para Nos motivo de gozo expresar Nuestra viva satisfacción a los dirigentes y pilotos, así como al personal de la compañía aérea, que se ha prodigado para conseguir el perfecto éxito de Nuestro vuelo.

Como prenda de Nuestra emoción y sentimiento, abrazamos en este momento con amor paternal a todos los pueblos por los que hemos pasado y a todos aquellos que nos han acompañado con el pensamiento y la oración, mientras imploramos de todo corazón propiciatoria la gracia celestial e impartimos a la familia humana la Bendición Apostólica.

# «OS TRAIGO EL SALUDO DE BELEN OS TRAIGO LA PAZ DEL MUNDO»

*Una grandiosa manifestación esperaba en Roma al Sucesor de Pedro. A la gran multitud de fieles reunidos en la Plaza de San Pedro el Sumo Pontífice les ha diri-*

*gido las breves palabras que constituyen la culminación más alta, la síntesis perfecta de su visita al más venerado Santuario de toda la cristiandad.*

Gracias, gracias, hijos por esta acogida que constituye ya de por sí un acontecimiento memorable e incomparable.

Querría que llegase a todos los ciudadanos de Roma, a las autoridades y a cuantos han hecho el servicio de orden en este inmenso cortejo, mi particular agradecimiento. Mi vivo deseo hubiera sido no incomodar a nadie y hacer el retorno de una manera sencilla y tranquila. Vuestra inteligencia y vuestra bondad sin embargo han preparado la extraordinaria manifestación de la que todos hemos sido espectadores. Os traigo el saludo de Belén, donde esta mañana he celebrado la Santa Misa; os traigo la paz del Señor; os traigo lo que tenéis ya en el corazón y demostrais haber comprendido: la realidad, o sea, que entre Cristo, Pedro y Roma hay un hilo directo. Este hilo ha vibrado con todas las santas emociones y ahora se hace transmisor de todas mis bendiciones.

Vosotros habéis comprendido que mi viaje no ha sido solamente un hecho singular y espiritual; se ha convertido en un acontecimiento que puede tener una gran importancia histórica. Es un eslabón que se liga a una tradición secular; y tal vez un inicio de nuevos acontecimientos que pueden ser grandes y beneficiosos para la Iglesia y para la humanidad.

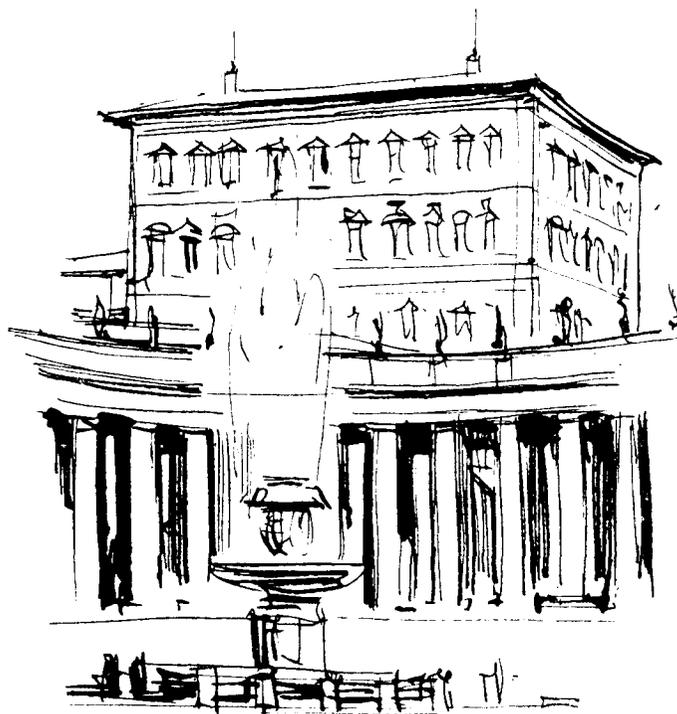
Os diré ahora solamente esto; he tenido la gran fortuna esta mañana de abrazar, después de siglos y siglos, al Patriarca Ecueménico de Constantinopla, de intercambiar con él palabras de paz, de fraternidad, de deseo de unión, de concordia, de honor a Cristo y de beneficioso servicio para la familia humana. Esperemos que estos inicios den buenos frutos; que la simiente germine y alcance la madurez.

Entre tanto roguemos todos; porque esta hora y estos acontecimientos son ciertamente grandes y señalados con la benevolencia de Dios.

Recibid ahora mi Bendición: en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Alabado sea Jesucristo.

Levantate, recibe la luz, Jerusalén, porque ha venido tu Lumbrera y la gloria del Señor ha nacido sobre ti. Porque he aquí que las tinieblas cubrirán la tierra y la obscuridad a los pueblos; mas sobre ti nacerá el Señor y en ti se dejará ver su gloria. Y a tu luz caminarán las gentes y los Reyes al resplandor de tu nacimiento.



## Consideraciones histórico teológicas en torno al viaje del Padre Santo a Tierra Santa

Con ocasión de la tradicional felicitación del Cuerpo Diplomático al Papa en vísperas de Navidad, pidió Pablo VI a los representantes de las naciones que mantienen relaciones oficiales con la Santa Sede, que le ayudasen a disipar todos los prejuicios inclinados a dar sentido político a su viaje a Tierra Santa. En varias ocasiones, antes y después de ese día, insistió el Papa en el sentido puramente espiritual de su viaje: peregrinación devota a los lugares santificados un día por la presencia del Salvador.

Ciertamente Pablo VI no ha querido tomar postura en pro ni en contra del Sionismo Israelita. Es natural que los países árabes mirasen con suspicacia todo aparente reconocimiento a una dominación política, que creen fruto de una simple usurpación por la fuerza. Su Santidad se ha mantenido al margen de la cuestión.

Sería por otra parte un error desgajar el viaje de su Santidad de su proyección histórica, tanto por el significado que adquiere en el momento actual como por el profundo sentido teológico de la historicidad en el dogma católico.

Quien piensa en el viaje del Papa a Tierra Santa a principios del año 1964 percibe necesariamente en el horizonte histórico las últimas jornadas del Concilio Vaticano II en su segunda sesión: el ambiente ecumenista del Concilio, el esquema presentado precisamente en esos últimos días por el Secretariado para la Unión de las Iglesias y muy particularmente el capítulo cuarto sobre los judíos.

Se ha hablado, a propósito de este capítulo, de una renuncia por parte de la Iglesia católica del siglo XX a su herencia medieval antisemita. Sería injusto medir con las categorías de nuestro tiempo la responsabilidad de algunos predicadores, que figuran ciertamente entre quienes hicieron saltar la chispa de las reivindicaciones contra una raza odiada. Entonces se desconocía totalmente la ley psicológica de las transferencias afectivas y el mismo amor al Salvador, víctima a principios de nuestra era de quienes regían entonces el pueblo judío, pudo acumular durante siglos injustificadas prevenciones contra los descendientes de ese pueblo hasta dar lugar al odio más injustificado. Existieron además razones económicas, políticas y sociales, agigantadas tal vez por intereses mezquinos. Por otra parte la cuestión de las responsabilidades no se había planteado aún bajo el prisma de la culpa colectiva.

El que la Iglesia hubiese adoptado una postura determinada y clara en la cuestión teológico-moral, que se planteó al fin de la segunda guerra europea, ha hecho

inaplazable una exposición más precisa y serena del pensamiento respecto al pueblo judío, de este pueblo que había sido la principal víctima del razismo alemán y que pudo creerse una vez más objeto de antipatía por parte de la Iglesia católica al advertir que sus teólogos defendían a la nación, cuyos jefes había pretendido realizar en su propia carne el genocidio más sistemático y técnico de la historia.

Pío XII había hablado en favor del pueblo judío al estigmatizar el razismo alemán, pero los autores de Teología moral — uno de ellos asesor principal del Pontífice en esta materia — alzaron la voz, cuando en nombre de una pretendida “culpa colectiva” se quiso hacer pesar sobre todo el pueblo alemán las responsabilidades de sus dirigentes. Las agrupaciones erigidas en persona moral — se dijo — tienen sus derechos y obligaciones, pero no poseen una voluntad diversa de la de los miembros que intervienen eficazmente en una determinada decisión; la responsabilidad moral de éstos explica jurídicamente que miembros inocentes sufran consecuencias punitivas, pero la equidad pide que éstas se reduzcan a lo mínimo y la justicia exige que no se les atribuya en modo alguno la culpa moral.

El capítulo referente al pueblo judío del esquema presentado al Concilio llama nuestra atención sobre la grave obligación de eliminar de nuestro léxico expresiones como la de “pueblo deicida”, que pueden inducir a error las mentes de los oyentes. Los conocimientos psicológicos sobre transferencias afectivas aconsejan al predicador, que expone hoy la historia de la crucifixión, una mayor atención a la causa verdadera de la muerte de Cristo, el pecado, y una muestra de amor para el pueblo en cuyo seno vino al mundo el Salvador.

En las vidas de S. Ignacio de Loyola suele referirse como prueba de que el Espíritu Santo había trabajado muy profundamente en su alma, el hecho de su amor al pueblo judío, no obstante los prejuicios de que, naturalmente hablando, debió haber sido víctima como tantos hombres de su tiempo. Dice así el P. Rybadeneyra: “Un día que estábamos comiendo delante de muchos, a cierto propósito, hablando de sí, dijo que tuviera por gracia especial de nuestro Señor venir de linaje de judíos; y añadió la causa diciendo: — ¡Cómo! ¡Poder ser el hombre pariente de Cristo N. S. secundum carnem, y de nuestra Señora la gloriosa Virgen María! — Las cuales palabras dijo con tal semblante y con tanto sentimiento, que se le saltaron las lágrimas, y fue cosa que se notó mucho. Y a este propósito diré lo que Pedro de Gárate, que era vizcaíno, de la villa de Bermeo y caba-

llero de eJrusalén, muy amigo de la Compañía de Jesús y familiar de nuestro Padre me contó, y es que, diciéndole nuestro Padre esto mismo que arriba he dicho y santiguándose él y diciendo: —¿Judío?—, y escupiendo a este nombre, nuestro Padre le dijo: —Ahora, Sr. Pedro de Gárate, estemos a razón: óigame V. md. —. Y que le dio tantas razones para esto, que verdaderamente le persuadió a desear ser de linaje de judíos.”

*Quien piense en el viaje del Papa a Tierra Santa dentro de unos meses, tal vez dentro de unos años, percibirá inmediatamente otra circunstancia histórica: la proyección y desarrollo a que habrá dado lugar mediante las conversaciones, entonces iniciadas y continuadas luego, con los principales representantes de la Iglesia cismática Oriental. Pero esto pertenece al marco histórico del futuro.*

Más interés tiene para los fines de esta nota llamar la atención de los lectores sobre la dimensión teológica de lo histórico en la Iglesia. Llamó el mismo Santo Padre la atención sobre este aspecto en las breves pero profundas palabras pronunciadas por él en Nazaret. Nazaret es la primera escuela, en el sentir del Papa, donde se empieza a comprender la vida de Jesús. Y es que allí el Verbo de Dios empezó a hacerse historia y geografía. Insistió el Papa en el fruto extraordinariamente importante que podíamos reportar del estudio pormenorizado de los lugares, de los tiempos, de las costumbres y del idioma en que se expresó Cristo para revelarse, si sabíamos llegar a través de estos instrumentos hasta la verdad evangélica del Verbo hecho Carne, del Espíritu comunicándose al interior de nuestras almas mediante la llamada a la puerta exterior de los sentidos.

La devoción del Papa a los Santos lugares halla su precedente bíblico más antiguo en el respeto impuesto por Yavé a Moisés, cuando le obliga a descalzar las sandalias, porque el lugar de su aparición bajo el signo de la zarza ardiente es santo. Para el dogma católico tiene extraordinaria importancia cuanto tiene relación con la inserción de la Palabra divina en el mundo, cuanto ha servido al Verbo para hacerse concreto, geografía, historia. Y es que la Iglesia católica es la prolongación en el tiempo y en el espacio de la Encarnación salvadora. Pero el Dogma católico llama al mismo tiempo la atención sobre el carácter instrumental de todas estas realidades terrenas, destinadas todas ellas a revelarnos el más allá

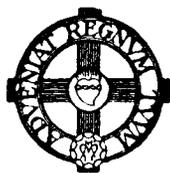
y a hacernos participar de la vida que ellas nos comunican.

*El sacerdocio, la devoción a los Santos y muy particularmente a la Santísima Virgen, los Sacramentos, la institucionalización de los poderes eclesiásticos y, con ellos, la misma Iglesia están sujetos al ritmo dialéctico impuesto por la importancia de estas realidades en su dimensión temporal y por la necesidad de trascenderlas a la luz de nuestra fee, para percibir las realidades sobrenaturales que les dan sentido y dignidad.*

Cuando la teología protestante se revela contra el culto — siempre relativo — a estas realidades temporales y sensibles, como si la Iglesia Católica hubiese querido esclavizar el Espíritu, olvida que es el mismo Dios quien se ha querido hacer presente y operante a través de estos instrumentos, sin verse por ello privado de la libertad, indefectible por su parte, de comunicarse al alma cuándo y cómo quiera. Dios nos ha indicado simplemente el camino para podernos llegar a Él con el auxilio premo-cional de su gracia, y se ha obligado a responder por este medio a nuestra llamada, pero no se ha privado él mismo de su libertad para salir Él al encuentro de algún alma por caminos diversos de los ya institucionalizados. Así se hizo contradictorio con Pablo en el camino de Damasco, aunque cuidó luego de hacerle ir a los pies de los apóstoles; así ha suscitado y suscita continuamente en el seno de la Iglesia y aun al margen de ella (principios del movimiento ecuménico) iniciativas fecundas, que llaman nuestra atención sobre el hecho de que el Evangelio tendrá siempre algo del vino nuevo que requiere odres nuevos.

El Santo Padre, al romper con la tradicional permanencia del Pontífice en su puesto de trabajo, para emprender una peregrinación a Tierra Santa e iniciar por su parte conversaciones con el jefe de una Iglesia cismática, llama nuestra atención sobre el aspecto carismático de la Iglesia y sacude la posible pereza mental de quienes en nombre de un falso conservadurismo confunden los odres con el vino, las instituciones jurídico-positivas de la Iglesia con su constitución divina, la expresión perfectible del dogma con su verdad eterna. La importancia de la Historia de la Geografía y de lo Institucional en el dogma católico no nos priva del Espíritu; nos muestra simplemente el lugar habitual donde se nos hace contradictorio y nos ofrece después una garantía, si acaso decidió abrir nuevos caminos.

M. Cuyás, S. J.



## Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

Febrero - 1964

**GENERAL:** — Que la miseria en los países subdesarrollados sea superada con la justicia y la caridad que manan de Jesucristo.

**MISIONAL:** — Que crezcan en número las vocaciones de Hermanos misioneros.

# EL RETORNO DEL PESCADOR

Acabada la plática, dijo a Simón: Guía mar adentro, y echad vuestras redes para pescar. Replicóle Simón: Maestro, toda la noche hemos estado fatigándonos, y nada hemos cogido: no obstante, sobre tu palabra echaré la red. Y habiéndolo hecho, recogieron tan grande cantidad de peces, que la red se rompía. Por lo que hicieron señas a los compañeros de la otra barca que viniesen y los ayudasen. Vinieron luego, y llenaron tanto las dos barcas, que faltó poco para que se hundiesen. Lo que viendo Simón Pedro, se arrojó a los pies de Jesús, diciendo: Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador. Y es que el asombro se había apoderado de él... Entonces Jesús dijo a Simón: No tienes que temer: de hoy en adelante serán hombres los que has de pescar. Y ellos, sacando las barcas a tierra, dejadas todas las cosas, le siguieron." (Luc., 5-4).

HACE CERCA DE DOS MIL AÑOS...

Hará pronto dos mil años: desde luego, más de diecinueve siglos. El Señor, después de su Pasión y Muerte, había subido a los Cielos, dejando a sus apóstoles y discípulos en este "valle hondo y oscuro". Tras la inefable manifestación de Pentecostés, la nave de la Iglesia emprendía su rumbo, valerosa.

No es que sus comienzos no fuesen intrépidos y triunfales. "¡Oh hijos de Israel!, escuchadme ahora: ...a este Jesús, dejado a vuestro arbitrio por una orden expresa de la voluntad de Dios, y decreto de su presciencia, vosotros le habéis hecho morir, clavándole en la cruz por mano de los impíos; pero Dios le ha resucitado..." (Hechos, 2-22). "Persuádase pues ciertísimamente toda la casa de Israel, que Dios ha constituido Señor y Cristo a este mismo Jesús, al cual vosotros habéis crucificado" (Hechos, 2-36). Así prorrumpió el Príncipe de los Apóstoles, lleno del Espíritu Santo, anunciando la buena nueva: "Haced penitencia y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo, para remisión de vuestros pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo" (Hechos, 2-38). Y así comenzó la Iglesia: "... y se añadieron aquel día cerca de tres mil personas" (Hechos, 2-41).

No es que la valentía gallarda de Pedro y de los Apóstoles no obtuviesen pronto su éxito. El proselitismo registrado lo confirma, y la primera Iglesia jerosolimitana fue fruto de aquella primera infusión pentecostal del Espíritu. Y pronto las persecuciones de los propios judíos atestiguan el "impacto" que socialmente producía la naciente Iglesia.

Mas los caminos de la Providencia son siempre misteriosos. Ni el mismo deicidio, en alguna manera, había

apartado a la Esposa de Cristo de la Ciudad Santa de Jerusalén, siempre, en alguna manera, símbolo terrestre de la Jerusalén celestial. En forma, digamos natural, Pedro y sus Apóstoles debían concebir la continuidad de su Cátedra cabe la hija de Sión. Pero — y los "viejos" de "CRISTIANDAD" de esto sabemos alguna cosa, a través de las piadosas y doctas interpretaciones legadas por nuestro inolvidable P. Orlandis —, para ello Dios exigía a la Ciudad Santa un retorno y una conversión proporcionadas a los nuevos dones. Simbolizada esta Primera Iglesia en la primera de Asia — la de Éfeso — en su Apocalipsis (2-4), escribe contra ella San Juan: "Pero contra ti tengo, que has perdido el fervor de tu primera caridad. Por lo tanto, acuérdate del estado de donde has decaído; y arrepiéntete y vuelve a las primeras obras: porque si no, voy a ti, y removeré tu candelero de su sitio, si no hicieres penitencia".

Pese, pues, a su primera expansión jerosolimitana, Dios había de inspirar a Pedro la *remoción del candelero*. La Providencia había de señalar a la nueva Nave un escenario, humanamente de resonancia más mundial, toda vez que Jerusalén no se hacía digna, entonces, de su misión. Y Dios mostró a Pedro el camino de Roma, "caput mundi", desde donde la Iglesia había de tener irradiaciones universales. Y Pedro tomó la trascendental decisión de trasladarse a la Ciudad de las siete colinas, desde entonces digna de su título de Ciudad Eterna.

No tenemos idea ninguna de las circunstancias de la salida de Pedro de tierra de Israel para dirigirse a Italia. Por ello estará permitido soltar la imaginación. Dada la importancia — repetimos que las propias persecuciones, ya desde su primer momento, lo atestiguan — de la sociedad cristiana en Jerusalén, es de estimar que el acontecimiento no pasaría del todo ignorado. Mas, en fin, lo probable es que se circunscribiese a un reducido número de acompañantes, que le seguirían hasta su embarque en alguna nave de los puertos costeros otrora fenicios o filisteos, entonces escalas obligadas de las naves y comercio romanos. Probablemente una despedida bastante íntima, si es que alguna persecución circunstancial no la hacía poco menos que clandestina.

DOS MIL AÑOS DESPUÉS...

Y transcurrieron casi dos mil años, después de la remoción del candelero. En dos mil años, Pedro no había vuelto a la tierra propia, a la tierra de Jesús.

Pedro — en la persona de su Sucesor, mas siempre el mismo, el Vicario del Señor, y la Piedra fundamental de la Iglesia — ha vuelto, al fin, y de un modo casi súbito,

inesperado, lo que da al acontecimiento “sub specie aeternitatis” una dimensión trascendental, sobrenatural. Humanamente, empero, también la da, y de ello es prueba su inmensa resonancia.

Ha vuelto — siquiera sea debido a la técnica moderna — sobre las nubes del Cielo, evocación de Isaías. Pero ha vuelto en forma completamente distinta a la de su salida, humilde e ignorada.

Su regreso, aun cuando haya sido para una breve estancia de tres días, ha sido tan extraordinario, que mueve a la pluma el contrastarlo con aquella su salida. Y no es que queramos incurrir en los tópicos — felices tópicos sin embargo, que no regateamos — que califican este viaje como triunfal, con plena justeza. No. Queremos profundizar más, y ver aún mayores significaciones que las de un triunfo, en buena hora registrado, mas que dista mucho aún de ser el triunfo que todos anheláramos, el triunfo definitivo de la Iglesia de Cristo, por desgracia muy alejado aún.

Pedro salió, ignorado y humilde. Pedro ha regresado, en medio de una concentración de gentes, de una apoteosis, casi sin precedentes. Soberanos, Jefes de Estado, jerarquías religiosas incluyendo las de las confesiones separadas, miriadas y miriadas de gentes, y una nube fatigosa y aplastante de todo cuanto la técnica moderna es capaz de dar de sí en materia de difusión y casi de reclamo: radio, televisión, prensa, información, etc., en medio de un verdadero caos de máquinas, aviones, automóviles y todo el ruido de la civilización actual con todos sus mejores adelantos.

Pedro saldría, hace dos mil años, quizá medio escondido, más personalmente tranquilo, dejando seguramente tras sí su humana añoranza hacia aquellas apacibles riberas natales del lago de Genezareth iluminadas por la figura del adorado Rabbi. Pero ha vuelto en medio del más tremendo bullicio, capaz de aturdir al peregrino más valiente. Un incidente — permítasenos aquí un reverente y cariñoso humorismo — demuestra cuán poca paz material debía poder gozar Pablo VI en su visita: el “hematoma” sufrido por su acompañante, el intrépido (y, según dicen, no siempre apacible en los grandes momentos) Cardenal Tisserant, al dignarse el Vicario de Cristo mezclarse auténticamente con la turba oriental, según dan buena fe de ello los reportajes que nos llegan, en los que se ve a aquel Príncipe de la Iglesia y sus acólitos esforzándose en proteger al Papa.

Poco han dejado a Pedro gozarse en la piadosa contemplación de los santos Lugares. Pedro hubiera querido — gracia que está concedida al más modesto peregrino — consolarse, quietamente, dulcemente, en la soledad ante el recuerdo de su Maestro. Pedro hubiera querido volver a ver a solas, aquellas riberas donde pescaba, aquel apacible monte en el que Cristo proclamó su Carta-Magna — el Sermón de la Montaña —, aquel Tabor en que reclamó la erección de una tienda para Él, para Moisés y para Elías. Este favor, de una tranquilidad material, no le ha sido concedido esta vez a Pedro, en medio de tanta agitación.

Pero Pedro ha visto allí la expresión de un Mundo, que, si no tiene Fe, siente, más que nunca, una ansia, una necesidad de Fe. Y Pedro allí, a falta de mejores goces sensibles, habrá podido mostrar a su Señor un joven rey, infiel, pero al que Cristo seguramente hubiera sonreído; un Jefe de Estado, el de Israel, misterioso como portador de los eternos y siempre renovados misterios del Pueblo-Arcano por excelencia, pueblo que fue el mismo de Jesús. Y todo un país, al que se añadían representantes de toda una Universalidad, imbuida por una Iglesia, cristiana, y más que nunca Universal, Católica: que quizá por esto, hace dos mil años, Él permitió fuera removida, con el Candelero, de Sión a Roma.

Y la compañía de un hombre bueno y venerable, que vino a turbarle su meditación en el huerto de Getsemani: Atenágoras, el cual, sin querer, sin darse cuenta de ello, ya que no con sus labios, por lo menos con su admirable conducta, está, de hecho, confesando y proclamando: “...Tu es Petrus!!!”, siquiera con el corazón.

EN TU NOMBRE, SEÑOR, ECHARÉ LAS REDES...

Han pasado dos mil años. Y el Señor le pregunta a Pedro: ¿qué es lo que ha hecho, cuál ha sido su labor?

Porque estos dos mil años han sido de día. Pero también han sido de noche.

Han sido de día. Y de día luminoso. Lo atestiguan los millones de mártires, de confesores, de vírgenes. Junto a la fecunda Madre. Los mártires de la primera época. Los doctores de la segunda, y de las siguientes. Los santos, ignorados, de los siglos oscuros medievales, en los que se forjaba la actual civilización. Las órdenes mendicantes. Las órdenes religiosas, la Renovación de Trento. Los portentos del rejuvenecimiento de la Ciudad santa, obradas al conjuro de la Devoción al Corazón de Jesús. Las maravillas derivadas del cada día mayor conocimiento de los misterios de María. Madre de Dios. La extensión actual de la Iglesia, triunfante pese a tantos enemigos, triunfante precisamente después de las peores herejías, triunfante incluso sobre un mundo imbuido en principios de liberalismos y de laicismos que no son, de otra parte, sino formas abusivas y mal interpretadas de los mismos auténticos principios humanos y caritativos que la Iglesia ha logrado entronizar sobre la antigua humanidad despótica y pagana...

Mas también han sido de noche. Las herejías han ido turnándose, cuando no — cansinamente — repitiéndose, so pena de afán de novedades. “Opportet haereses esse”. A la mitad justa, a media noche de estos dos milenios, se produjo el Cisma Oriental, que aún perdura. Luego, al canto del gallo nocturno, se desgajaron de la Iglesia los pueblos, nobles y enérgicos, del Septentrión, al conjuro protestante. Más tarde, antes de la aurora, han sido las herejías todas, concentradas en el naturalismo, en el liberalismo, en el laicismo, y, en fin, en la incredulidad cuando no en la guerra contra todo cuanto lleva el nombre de Dios, las que se han encarnizado.

Aun, cuando a duras penas se ha conseguido, rompiendo distancias, desde los santos pioneros de las Misiones que encabezó Javier y que ahora patrocina Santa Teresa de Jesús Niño, que el Evangelio se haya anunciado a todo el Mundo, media humanidad entera se halla gimiendo, encarcelada tras el telón de acero, y tras el de bambú, sufriendo tiranías desconocidas incluso en las épocas de los Imperios de la Antigüedad.

Por esto, Pedro, habrá llegado de nuevo a las orillas del lago de Genezareth, y habrá presentado este balance a su Divino Maestro. En su humildad — ¿no ha llegado a pedir perdón a sus enemigos, a los mismos herejes y cismáticos? — Pablo VI habrá sentido el temor de Pedro: “Apartaos de mí, Señor, que soy pecador”. “¡He pasado toda la noche, en un gran sector del mundo, en parte notable de la humanidad, sin pescar nada!”.

Mas, cabe el apacible lago, cabe aquellas aguas que — su pericia de navegante saben bien de estos avatares — frecuentemente se enfuerecen, vendrá, en su misma humildad, su espontánea reacción, a suplicar:

“Mas, en tu nombre, Señor, echaré de nuevo las redes...”

#### UNA NUEVA PESCA MILAGROSA

Señor, osaríamos decir los que hemos acompañado espiritualmente a Pedro, en su retorno a su Patria, que fue la misma de Jesús, Señor, ¡benedicid esta nueva labor! Señor, acordaos que le prometisteis hacerle pescador de hombres. Señor: mirad su esfuerzo tras esta larga noche. Señor, bendicid su trabajo. ¡Hacedlo fructífero!

El Padre del hijo pródigo esperaba, con ansia, a su hijo, aguardaba su retorno, en la puerta de su Casa.

Paulo VI hace más. No espera.

Es la caridad proclamada por el gran Apóstol de quien lleva el nombre. Aquella caridad que urge. Aquella caridad que lo arrolla todo, aquella que no mide, que no calcula.

Por esto hemos visto cosas inauditas y antiprotocolarias. El Padre ya no espera a la puerta de su Casa. Prescinde de formas, y, casi casi, de su misma categoría.

Digno discípulo de aquel grande Pontífice, que hoy alguien ha osado calumniar, de Pío XII. En una ocasión, evado por aquella misma caridad, este Pío XII prorrumpió en una exclamación nada académica, por lo mismo magnífica y estupenda como una llama de amor: “¡Para lograr la salvación de una sola alma, sería capaz de tratar con el mismo diablo!”.

Paulo VI no se ha limitado a correr tras las ovejas. Ha llegado a olvidar su propia dignidad, si cabe, y las debidas proporciones. Una muestra: la inaudita visita efectuada al Patriarca ortodoxo de Jerusalén. Humanamente hablando, nada menos que esto: el Jefe de una Iglesia que agrupa quinientos millones de fieles, descendiendo hasta un buen hombre cuya jurisdicción apenas si sobrepasará cien mil personas... Y que aún se cree en el caso de recibirle con frialdad, hasta que, él mismo, cae conquistado por la efusión del Vicario de Cristo que, tras de sus hijos, ha creído deber sacudir todos los protocolos, todas las conveniencias...

\* \* \*

“Mas, en tu nombre, Señor, echaré las redes...”

Señor, todo tu Pueblo está alrededor de tu Vicario. Tú, que multiplicaste los panes y los peces también, bendice ahora sus aparejos de pesca. Apiádate de la turba, apiádate de nosotros, que esperamos en Ti.

Tú, Señor, has querido darnos esta hora de triunfo. Es verdad. Hace sólo cincuenta años, pese a que en tantos aspectos no se ha venido deteniendo el proceso de descomposición y de descristianización social, hace sólo cincuenta años, no se hubieran concebido unas jornadas, ante la reverencia y la atención universales, como las que hemos vivido alrededor de tu Vicario, al volver éste por primera vez, tras dos milenios, a tu Tierra y a la Ciudad Santa. Tú nos das esta muestra de omnipotencia, quizá en preparación de nuevas pruebas que puedan abatirse sobre la faz de la Tierra.

Por esto mismo, Señor, te rogamos, una vez más, tu gracia. Y que una abundante pesca premie la labor de tu Vicario, más que nunca, así en Genezareth como en Roma, PESCADOR DE HOMBRES.

LUIS CREUS VIDAL

## SUMARIO

- El Papa, peregrino. — La palabra del Papa en Tierra Santa. Texto íntegro.  
 Consideraciones histórico-teológicas en torno el viaje del Santo Padre a Tierra Santa,  
 por M. Cuyás, S. J.  
 El retorno del Pescador, por Luis Creus Vidal.  
 Sobre el celibato del clero.  
 La profesión más completa de la fe cristiana, por Roberto Cayuela, S. I.  
 En torno a las informaciones conciliares, por Martirián Brunsó, Pbro.

# SOBRE EL CELIBATO DEL CLERO

El número 761 de "Paris Match" publica un reportaje de Robert Serrou, sensacional por lo desorbitado, sobre el celibato eclesiástico. Respecto al mismo, los Obispos de Francia, en una entrevista oficial concedida en Roma al autor del reportaje, han declarado lo que piensan sobre el mismo. "Paris Match", en el número 764 después de hacer constar en un preámbulo "que los periodistas no son historiadores", "que traducen los acontecimientos periodísticamente" y "que no disponen ni de veinte ni de cincuenta años para analizar dichos acontecimientos", "que no toca a ellos saber si lo que dicen, valiéndose de los medios que primero les vienen a mano, tendrá trascendencia o no", como prueba de su buena fe y de que no han traicionado la verdad publicando a bombo y platillos lo que tantas protestas ha levantado por su inexactitud, publican ahora íntegra la interviú mencionada. Traducida literalmente la publicamos a continuación.

*Robert Serrou:*

—Padre, me han dicho que el episcopado francés se había irritado mucho por mi último artículo sobre el celibato eclesiástico... ¿qué hay en realidad?

*P. Pierre Haubtmann:*

—Le agradezco que me plantee tan claramente la cuestión y le contestaré con no menos franqueza.

"Sí, en efecto, los obispos franceses se han entristecido, indignado incluso, por este artículo, por su título inadmisibles y, objetivamente, falso — digo objetivamente — y por los procedimientos publicitarios empleados para seducir al lector. Os he prometido ser sincero, pues ved ahí todo lo que no es digno.

"No hay derecho, por una publicidad escandalosa, de sacrificar a lo sensacional, con riesgo de perjudicar — aunque involuntariamente, no lo dudo — la reputación de otro; usted lo sabe tan bien como yo, que numerosos sacerdotes se han sentido ofendidos por ciertos pasajes de su artículo que, leídos rápidamente, pueden dar la impresión de que la mayoría del clero es infiel a la ley del celibato y que solo "la hipocresía clerical" impide al sacerdote secularizarse. Y añade que los seglares tienen la misma impresión.

—Pero, yo jamás he querido decir esto...

—Lo sé, y no dudo que queréis hacerlo constar, pero es un hecho que ciertos pasajes pueden ser interpretados, en este sentido, contra su intención. Las cartas que habéis recibido lo muestran claramente.

—Es usted muy severo.

—No ha de olvidar usted que igualmente que los obis-

pos los sacerdotes son ante todo pastores. Tienen a su cargo las almas y piensan en el desconcierto, en la confusión que pueden provocar, y que han provocado, tales afirmaciones. Es por esto que el episcopado me ha pedido que publique un comunicado firme, que evitando voluntariamente el nombrar a cualquiera — su artículo, quiero subrayarlo, no es el único a que se referían —, restablezca la verdad.

—¿En qué consiste, pues según usted, esta verdad?

—La resumiré en tres puntos:

"1) Ninguna intervención oral oída hasta ahora en San Pedro ha vislumbrado la posibilidad de una transformación de la ley del celibato sacerdotal en vigor dentro de la Iglesia latina.

"2) El episcopado francés, por su parte, no tiene en modo alguno la intención de renunciar a esta ley por las razones que expondré en seguida.

"3) Es verdad que algunos Padres del Concilio han considerado con simpatía la hipótesis de conferir el diaconado a hombres casados, conocidos por la dignidad de su vida, su celo apostólico, su sentido de la Iglesia. Otros Padres se han opuesto. Pero todos los Padres que han intervenido en el debate han subrayado unánimemente que este problema era totalmente distinto al de los sacerdotes casados. Por esto precisamente es por lo que ciertos Padres temiendo que se pasara insensiblemente, del diácono casado al sacerdote casado, se han opuesto resueltamente a toda experiencia de diáconos casados. Pero esta cuestión se palteó simplemente sobre la posibilidad de una restauración del diaconado sin otra precisión.

—En todo caso, ¿no se excluyó la eventualidad del diácono casado?

—No, y estoy persuadido de que nadie se ha engañado. Pero, repito, este problema es totalmente distinto al del sacerdote casado.

—Convendrá usted, sin embargo, que la ley del celibato de los sacerdotes es exigente, que de ella pueden resultar situaciones dolorosas: sacerdotes secularizados, doble vida, etcétera.

—¿Exigente? Sí, bien cierto, como todo gran amor. Es precisamente en lo que es más preciosa. Provoca en el sacerdote en los momentos de laxitud — ¿quién no los conoce? — una vuelta sobre sí mismo; le pone ante su juramento, ante su don, y finalmente ante su "Bien amado Dueño y Señor". ¿Exigente? Sí, en el sentido de aquel que posee un tesoro, el Evangelio nos lo dice, vela sobre él y no lo expone en vano, con ligereza. *Ou alors, il ne faut plus* asombrarse de sus caídas... ¿Cómo queréis que

un sacerdote que no rece, que se permita todo aquello que no es evidentemente prohibido, que se pusiera siempre al límite de lo posible, pueda detener el golpe del contexto erótico como es el nuestro, si por otra parte no es cuidadoso?

—...*Pues hay caídas.*

—Sí, los casos a que usted hace alusión existen. Sus causas por otra parte son múltiples y diversas, y si uno quiere ser justo, sería preciso estudiar cada caso individualmente. Pero todos son infinitamente tristes y dolorosos. Estas caídas, el comunicado del episopado las reconoce explícitamente. Pues, en esto como en todo, es la Verdad la que libera, y no el miedo a la Verdad. Pero, entendámonos bien: la Verdad total, no una media-verdad. Por eso es por lo que inmediatamente hay que añadir, bajo pena de faltar a la objetividad más elemental, que en Francia esas situaciones son raras. Créame usted, la inmensa mayoría del clero regular y diocesano permanece fiel a su promesa y a su pleno don a Cristo. Valerosamente, no sin duros sacrificios muchas veces. Pero leal y gozosamente, por amor al Señor, y por respeto de aquellos que se confían a ellos. Permítame añadir — y aquí, no pienso en su artículo — que cuando se describe a los sacerdotes como obsesionados, llenos de complejos, nerviosos o, aun como “retardados que no han asumido su sexualidad” se sacrifica tal vez al gusto del día que reduciría de buena gana todo a “la cosa”, como dice George Sand, pero se les insulta y se les desconoce totalmente. Id a un seminario, a un equipo sacerdotal o a una casa religiosa; tendréis la impresión opuesta. Este clima de libertad, de castidad gozosa es uno de los rasgos que impresionan inmediatamente al observador extranjero.

—*Están, sin embargo, los otros, los que no han podido vencer el golpe. ¿La Iglesia va a dejarlos caer?*

—No diga usted esto... Esto hace daño... La actitud de la Iglesia debe siempre reproducir la de Cristo. Por una parte, por amor bien comprendido al hombre, Nuestro Señor es terriblemente exigente y no transige jamás sobre el ideal. Afirma, por ejemplo, que aquel que mira a una mujer con concupiscencia comete ya adulterio en su corazón (y esto es válido para todos los hombres, casados o no, y no solamente para los cristianos). Por otra parte no hay en Él más que ternuras respecto al pecador. Recuerde el episodio de la mujer cogida en flagrante delito de adulterio. Todos acusan a la desgraciada y quieren lapidarla, según la ley judía. Todos, menos el Dios de toda pureza. Todos, menos Cristo. No le dice que no ha pecado, no, no la humilla, le habla con infinito respeto, con infinita delicadeza: “Yo tampoco te condenaré, ve, y no peques más”. ¿Si esta es la actitud de Cristo ante el pecador — y ¿después de todo, quién entre nosotros no es un pecador, un pobre hombre ante Dios? — cómo quiere usted que la Iglesia no adopte la misma actitud con relación a los sacerdotes en dificultades? La Iglesia sabe que un día todo lo han sacrificado por Cristo y por

Ella. Sabe que el Señor les ha amado con amor de predilección, que sus dones son sin arrepentimiento y que continúa a perseguirles con su amor, hasta el fin, hasta su último suspiro. Hagan lo que hagan, permanecen sacerdotes para siempre. Sacerdotes de Cristo, sacerdotes de la Iglesia. ¡Qué misterio el de un sacerdote! Piense en el film “El secularizado”.

—*Por lo tanto, ¿usted no ignora la situación lamentable en que algunos se encuentran?*

—Sí, y ¿cree usted que los obispos no buscan un medio para no dejarles para siempre en una situación sin salida? Es uno de sus más gravosos cuidados. Desearían decir a tal o tal, abriéndoles los brazos, las palabras pronunciadas por Juan XXIII, en una circunstancia muy distinta: “Queréd leer en mi corazón, y encontraréis mucho más de lo que yo sé expresar”.

—*¿No cree usted que ciertos prentedientes al sacerdocio no tendrían que haber sido nunca ordenados?*

—Algunos, sí. En este caso la calidad debe siempre prevalecer a la cantidad. Creo también que la larga formación que conduce al niño y al joven hasta el sacerdocio debe ser a la vez exigente, viril, muy abierta, y a pleno aire. En el estado actual de nuestra civilización y del ministerio, ordenar sacerdote a un joven que no conoce nada de la existencia, que ha estado empollado, sistemáticamente “protegido”, como se dice, es más que un contrasentido: una falta. Los educadores tienen aquí una terrible responsabilidad. Pero créame usted no lo hacen mal.

—*Sea, pero ¿cómo quiere usted que uno se lance para toda la vida a los veinticuatro o los veinticinco años? Uno no puede nunca saber exactamente lo que le espera.*

—Le agradezco que haya puesto esta objeción. Es muy clásica. Se supone, en suma, que un ser humano, necesariamente limitado en sus conocimientos y previsiones, no puede de modo válido, comprometerse para toda la existencia. Se supone, pero no se prueba, y no se dan cuenta que eso reduce la voluntad del hombre y que atenta a su grandeza. En todo caso, si esto fuera verdad, sería preciso aplicarlo a todo compromiso, sin excepción, empezando por el casamiento. Yo por mi parte, pienso, que la verdad es muy distinta. Aquel que se da libremente, totalmente, quiere que sea para siempre. De otro modo, es frustrado en su deseo más profundo... Usted es casado, y lo sabe como yo.

”Vea, si por un imposible, se declaraba mañana que ya no hay ley del celibato, ¡bien! Créame, no cambiaría estrictamente nada mi resolución gozosa de permanecer fiel a mi promesa. Y todos mis amigos dirían lo mismo. Esto no quiere decir que la ley en sí misma sea inútil. En ciertos momentos de laxitud, puede ser, para muchos, una llamada, una provocación a la generosidad. Aquí también, la analogía con la ley de la indisolubilidad del matrimonio no es falsa. Permítame abrir un paréntesis. Sobre un plan más general, yo pienso que hay muchas

afinidades entre los hogares profundamente unidos y la virginidad sacerdotal. Los hogares, los más cristianos lo sienten por instinto. Haced una encuesta y veréis que en su inmensa mayoría no quieren ni oír hablar del matrimonio de los sacerdotes.

—*Ello no quita que la disciplina actual de la Iglesia latina “ensambla” juntas dos realidades muy distintas: la aptitud al sacerdocio y la llamada a la castidad perfecta. Pues, desde hace siglos, estas dos realidades han sido separadas, y lo son todavía en la Iglesia Oriental. ¿No hay un “ensamblamiento” indebido, en todo caso demasiado riguroso?*

—Esto, en efecto, es una verdadera cuestión. Y es tan delicada y tan compleja que la atacaré de frente, sin pretender agotarla en algunas líneas. ¡Para ello sería preciso un grueso volumen!

“Es perfectamente verdad que Nuestro Señor no ha impuesto la ley del celibato a sus apóstoles; que varios eran casado, empezando por San Pedro, de quien Nuestro Señor curó a su suegra; que San Pablo aconseja explícitamente a Timoteo elegir “para que cuide de la Iglesia de Dios”, alguno, “que sepa gobernar bien su propia casa” y educar dignamente sus “hijos” (Tim. III, 4-5). En otras palabras, la ley del celibato sacerdotal no es de INSTITUCIÓN DIVINA. Es una ley eclesiástica, positiva pues, en sí, no absoluta, aunque encuentra su origen primero en el Evangelio y es el don pleno del sacerdote a Cristo y a su ministerio eclesial.

“Es igualmente cierto, que durante siglos, la Iglesia latina ha admitido el casamiento de los sacerdotes y que, en la Iglesia católica de Oriente, ha habido siempre, y hay todavía sacerdotes casados. En una palabra, la vocación sacerdotal y la vocación del celibato no son en sí inseparables. Hay también monjes que voluntariamente se sujetan a seguir los consejos evangélicos y, especialmente, la virginidad, sin ser sacerdotes, igual que existen sacerdotes no sujetos a este celibato, en el Oriente católico y ortodoxo. No hay pues derecho a excluir la posibilidad en la Iglesia latina. Las enseñanzas de Pío XII sobre este punto son muy esclarecedoras. “Es contra la verdad afirmar que el estado clerical, como tal, y según que él procede del derecho divino, reclama de sus miembros en virtud de su naturaleza, o por lo menos en virtud de cierto postulado de esta naturaleza, la observación de los consejos evangélicos... Así, el clérigo no está obligado, en virtud de derecho divino, a los consejos evangélicos de pobreza, de castidad y de obediencia...”

—*¡Así, usted me da la razón! ¿La Iglesia latina se equivoca al “ensamblar” dos vocaciones que pueden evidentemente confundirse, como en el caso de un sacerdote casado, pero que pueden también ser disociadas, como en el caso de un monje no sacerdote, o el caso de un sacerdote oriental casado?*

—No he dicho nada de esto.

“Que estas dos llamadas sean, en derecho, por sí mis-

mas, disociables: cierto. Pero si de ello saca usted la conclusión de que la Iglesia latina esta equivocada al asociarlas estrechamente, hace usted un sofisma. Y esto precisamente es lo que se ha de probar.

“No, la cuestión no es tan sencilla como se dice, ni aún en las Iglesias orientales. En estas iglesias, en efecto, contrariamente a lo que muchos creen, la regla es QUE UNO NO SE PUEDE CASAR SIENDO SACERDOTE. Lo que muestra bien claro que se considera al sacerdocio como comportando, en sí mismo, una cierta convivencia con la virginidad. En cambio, hombres rectos, padres de familia piadosos, de una vida perfectamente digna, pueden ser ordenados sacerdotes, LO QUE ES MUY DIFERENTE. Si estos sacerdotes casados tienen la desgracia de perder su mujer, entonces no pueden casarse de nuevo porque, precisamente, entre tanto, se han convertido en sacerdotes. En fin, un obispo, no se elige jamás entre los sacerdotes casados. Como ve usted el conjunto de esta disciplina compleja no puede explicarse más que por el reconocimiento de la superioridad del estado de castidad y también por una cierta afinidad entre el sacerdocio y la virginidad.

Esta afinidad la disciplina de la Iglesia latina, la ha reconocido, la ha hecho oficial, sancionando la ley del celibato. Lo ha hecho lentamente, progresivamente, no sin enormes esfuerzos; pero es preciso creerlo, bajo la provocación incesante del Espíritu Santo. Se ha expuesto a derrotas como Dios mismo cuando cometió “la locura” de querer divinizar al hombre. Pero la Iglesia prefiere correr el riesgo de algunas derrotas a esto que sería en conjunto y lo que es en casos particulares, UNA BAJA DE TENSIÓN ESPIRITUAL.

“San Pablo nos dice que “no hay que contristar el Espíritu”. Y creo que contristaría al Espíritu si se renunciaba a la ley del celibato sacerdotal: igual si de ella resultan inconvenientes, como si esta ley no es en sí, un absoluto, como si fuera por motivos excepcionales (considerar, por ejemplo, los pastores protestantes casados que se hacen ordenar sacerdotales). Pero esto son excepciones que no hacen más que confirmar la ley. Y esta ley, lo creo profundamente, sigue siendo un inmenso beneficio, una de las joyas más preciosas de nuestra heredad.

—*¿Pero, en fin, no cree usted que las necesidades pastorales urgentes, la penuria de vocaciones sacerdotales, las circunstancias sociológicas apremiantes, podría conducir a la Iglesia latina a imitar a la Iglesia católica de Oriente, y admitir otra fuente paralela, de reclutamiento sacerdotal: la de los padres de familia irreprochables a los que se confiriera el sacerdocio?*

—En sí, no es imposible. Se ha dicho y se ha escrito que algunos obispos de América latina no excluyen una tal hipótesis. Y es seguro que la ley suprema en la Iglesia, la que pasa ante todas las leyes positivas, es el bien de las almas... Me permito, sin embargo, llamar su atención sobre dos puntos esenciales.

“1) En las iglesias orientales, como en ciertas comu-

nidades protestantes, hay actualmente un movimiento cada vez más fuerte en sentido inverso. Así el sacerdote no casado representa el ochenta por ciento de los sacerdotes del clero griego melquita. En otras partes, es verdad, que el porcentaje es más débil.

"2) En todo caso, no confundamos las dos cuestiones. Como dice usted mismo, se trataría entonces de dos fuentes diferentes y paralelas de reclutamiento sacerdotal — pues, de problemas enteramente distintos —. En otras palabras, el camino tradicional, normal, real, permanen-

cería el que conocemos y los sacerdotes no podrían casarse. En resumen, la ley del celibato eclesiástico permanecería plenamente en vigor. Solamente — y esa sería la novedad —, hombres casados podrían hacerse sacerdotes.

—Una última pregunta, Padre. ¿Cree usted que el episcopado francés, actualmente, piensa en esa eventualidad?

—En absoluto.

## LA PROFESION MAS COMPLETA DE LA RELIGION CRISTIANA

(Glosa a la Haurietis aquas)

La Teología Pastoral se funda siempre en la Teología Dogmática. Por eso, Pío XII, al llegar ahora a la cima de su Pastoral sobre el Culto al Sagrado Corazón de Jesús, nos recuerda este principio dogmático: "Es necesario... tener siempre presente que la verdad del simbolismo natural, que relaciona el Corazón físico de Jesús con la Persona del Verbo, descansa toda ella en la verdad primaria de la unión hipostática; quien esto negase, renovarían errores condenados más de una vez por la Iglesia, por ser contrarios a la unidad de la Persona de Cristo en dos naturalezas íntegras y distintas. Esta verdad fundamental nos permite entender cómo el Corazón de Jesús es el Corazón de una Persona divina, es decir, del Verbo Encarnado; y que, por consiguiente, representa y pone ante los ojos todo el Amor que nos ha tenido y nos tiene aún".

Repetido este principio dogmático, ya antes recordado, saca Pío XII una gran consecuencia, que encierra la mayor alabanza del Culto al Sagrado Corazón, y lo más alto de la Pastoral de él: "Y ésta es la razón de que el Culto al Sagrado Corazón se considere, en la práctica, como la más completa profesión de la Religión Cristiana".

Y lo prueba; primeramente en términos generales; y después con un decisivo y más concreto argumento.

a) *En general.* — "Verdaderamente la Religión de Jesucristo se funda toda en el Hombre-Dios, Mediador; de manera que no se puede llegar al Corazón de Dios sino pasando por el Corazón de Cristo, conforme a lo que Él mismo afirmó: 'Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre sino por Mí' (Io., 14, 6). Siendo esto así, fácilmente deducimos que el Culto al Sacratísimo Corazón de Jesús es, por la naturaleza misma de las cosas, el Culto al Amor con que Dios nos amó por medio de Jesucristo; y, al mismo tiempo, el ejercicio del amor que nos lleva a Dios y a los otros hombres; o, dicho

de otra manera, este Culto se dirige al Amor de Dios para con nosotros, proponiéndolo como objeto de adoración, de acción de gracias y de imitación".

Con estas últimas palabras añade el Papa a lo que ya tantas veces nos ha inculcado a lo largo de su Encíclica, probándonos que el Corazón de Jesús es objeto de nuestra adoración, estos dos nuevos aspectos; es decir, que también es objeto de nuestras acciones de gracias y de nuestra imitación.

Y primeramente, el Corazón de Jesús, y lo que Él representa, el Amor inmenso de Dios y del Hijo de Dios, hecho Hombre, a todos nosotros, es objeto, y objeto principalísimo de nuestro más vivo agradecimiento; porque sí, como canta la Iglesia en el Prefacio de la Santa Misa, "verdaderamente es cosa digna y justa, equitativa y saludable, que nosotros siempre y en todas partes te demos gracias, oh Señor, Padre Santo, Omnipotente y Eterno Dios, por Cristo Señor Nuestro"; ¿qué ocasiones de gracias, constantes y fervientes, no merece el inefable Amor de Dios para con nosotros, según lo hemos ido considerando en toda la Encíclica; aquel Amor que le movió a Dios a darnos el ser racional y el ser sobrenatural, con tan grandes y preciosos dones de naturaleza y de gracia; y, por encima de todo, a darnos su mismo Hijo Unigénito como Salvador y Redentor, y para que fuese todo nuestro bien y aun nuestra Vida; y qué acciones de gracias no merece el mismo Jesucristo, que nos amó tanto que se entregó por nosotros a una vida de cruz y a una muerte en la Cruz, y cuyo Corazón traspasado es el memorial perenne de su Amor y de todos sus preciosísimos dones?

Objeto, asimismo, de nuestra imitación; pues el Corazón de Jesús se nos propone para que por Él, con Él y en Él imitemos el Amor y la Santidad de Dios, y el Amor y la Santidad del Hijo de Dios, hechos Hombre, viviendo nosotros por la gracia divina y especialmente por la

caridad que se nos ha infundido en nuestros corazones, por el Espíritu Santo, que se nos ha dado tan maravillosamente, una vida de verdadero y práctico amor. Es lo que San Pablo nos dice con ardiente exhortación: "Haced, pues, imitadores de Dios, como hijos queridos; y caminad en el amor, así como Cristo os amó, y se entregó a Sí mismo por nosotros, como ofrenda y víctima a Dios, en fragancia de suavidad" (Eph., 5, 2).

b) *Mas en particular.* — Eslabonando el Papa lo que nos acaba de decir con lo que va a ser el magnífico final de su Pastoral sobre el Culto al Sagrado Corazón, añade: "Y tiene por fin (este Culto) la perfección de nuestro amor a Dios y a los hombres, mediante el cumplimiento cada vez más generoso del mandamiento 'nuevo', que el Divino Maestro legó como sagrada herencia a sus Apóstoles, cuando les dijo: 'Un nuevo mandamiento os doy: que os améis unos a otros, como Yo os he amado... El precepto mío es que os améis unos a otros, como Yo os he amado' (Io., 13, 34; 15, 12). Este mandamiento verdaderamente es 'nuevo' y 'propio' de Cristo; porque, como dice Santo Tomás de Aquino: 'Poca diferencia hay entre el Antiguo y el Nuevo Testamento'; pues como dice Jeremías: 'Haré un pacto nuevo con la Casa de Israel' (Jer., 31, 31); pero el que este mandamiento se practicase en el Antiguo Testamento, a impulsos de un santo temor y amor, pertenecía al Nuevo Testamento; de suerte que este mandamiento existía en la antigua ley, no como propio de ella, sino como preparación de la ley nueva'. (Comm. in Ev. S. Io., c. 13, lect. 7, 3)".

A estas preciosas palabras de Pío XII, corroboradas con la del Doctor Angélico, no hace falta añadir otro comentario que éste: pongámoslas en práctica, con la gracia que para ello mereció y nos da generosamente

el mismo que nos dio su mandamiento; y esto sea con perfección y generosidad, como nos acaba de recomendar el Papa, y con los ojos de alma, iluminados por una fe muy viva, puestos en el Corazón Sagrado de Jesús; todo, porque Él nos amó, y como Él nos amó.

Y de esta manera concluye la parte doctrinal de la Encíclica, la más extensa y copiosa, con sus secciones bíblica, patrística, litúrgica, histórica y pastoral; después de las cuales, si estas explicaciones doctrinales se comparan con otros documentos Pontificios anteriores, que tratan del Culto al Sagrado corazón de Jesús, es cosa clarísima que esta Encíclica ha expuesto la doctrina de este santísimo Culto con una claridad teológica que no tiene par con otros documentos oficiales de la Iglesia. Las cuestiones sobre la recta inteligencia del misterio del Sacratísimo Corazón, y de su auténtico Culto, han quedado resueltas o puestas en más resplandeciente luz: tales como la importancia y valor del Corazón físico de Jesús en cuanto símbolo natural de su Amor humano y divino; los fundamentos teológicos del Culto al Sagrado Corazón, tomados de la Escritura, de la Tradición y de la Liturgia; el objeto, mejor definido y más amplia y completamente fijado que hasta ahora; es decir, el triple Amor de Cristo, justamente con el Amor de la Santísima Trinidad; la significación, valor e importancia, bien ponderadas y equilibradamente expuestas, de las revelaciones de Santa Margarita María; la fuerza y eficacia del Culto al Sagrado Corazón en toda la economía de la salvación y de nuestra vida cristiana, y vida de perfección; todas éstas son, por lo menos, las cuestiones principales, que en lo sucesivo ya no se podrán tratar sin acudir como a fuente inagotable, a la doctrina expuesta en esta Encíclica.

ROBERTO CAYUELA, S. J.

## EN TORNO A LAS INFORMACIONES CONCILIARES

# ...Y el Verbo se hizo carne

Uno quisiera ser original. Son tantos los mimos y las simpatías que se promete el reyecito que llevamos dentro cuando por originalidad le ensalzan... Por otra parte, es un deber que tenemos para con Dios y nuestros hermanos dar testimonio de la gloria divina en nosotros y por nosotros. Él se ha dignado abajarse hasta nosotros para obrar, incluso con nosotros, maravillas de cielo.

¿Quién es capaz de contarlas? ¿Quién es capaz de cronicarlas? ¿Quién sentirá arrestos para penetrar las profundidades del Misterio de los misterios que encierran las solas palabras del epígrafe: *...Y el Verbo se hizo carne?* Y ¿quién, por otro lado, agotará el manantial perenne que fluye de la realidad que ellas expresan.

Es decir, apenas nos acucia la pretensión de escribir

unos comentarios sobre esta DEFINICIÓN del Evangelio, nos entran temblores misteriosos, de lucha entre las tendencias hacia la carne y nuestro volar hacia el VERBO, entre AMOR divino y amor propio, alientos endiosados y mezquindades terrenas, entre el ser ensalzado y el ser humillado a los ojos de Dios o del siglo... Bien ponderado, es un murmullo de vibraciones que nos llegan del Misterio de los misterios.

Quizá nos darán una pauta para actualizar estas reflexiones la exhortación y advertencia del Papa, que felizmente nos guía, dirigidas a la *Unión Internacional de Periodistas Católicos (Ecclesia, 14 dic. 1963)*: "El periodista, llamado por su estado a extender la luz en torno suyo, ha de aprender a descubrir de dónde viene

la verdadera luz para las cosas de este mundo. Viene de lo Alto. El universo sensible no tiene sentido si no se lo relaciona con la palabra de Cristo y con su plan providencial sobre la vida y la historia de la humanidad. Para ello es preciso 'mirar de tal forma lo alto' que se llegue a penetrar, si fuera posible, los designios ocultos en los abismos de la Divinidad. Ardua tarea; basta enunciarlo para comprenderlo. Tarea necesaria, quizá vosotros lo veréis mejor en la actualidad, a la luz del Concilio, ¿cómo llegar al fondo de los graves problemas religiosos que se discuten si uno mismo no ha meditado y reflexionado largo tiempo sobre las cosas de Dios: 'en las cosas de nuestro Padre'? (Lc., 2, 49). Tarea — es preciso advertir — que encierra también sus peligros. ¿Qué cosa más fácil en este campo, que dar curso libre a la imaginación y vaticinar atribuyendo al Espíritu de Dios las propias ideas?"

Uno quisiera ser original. Y son tantos y tan estu-  
pendos los personajes que han escrito sobre la materia,  
que queda uno aturrido con sólo repasar la lista. También  
es cierto que ellos mismos nos alientan cuando nos dicen  
que el VERBO es la VERDAD, semilla de vitalismo para todos  
los tiempos: "¿Cómo, pues, invocarán a aquel a quien no  
creyeron? ¿Y cómo predicarán en aquel a quien no oye-  
ron? ¿Y cómo oirán sin haber quién predique? ¿Y cómo  
predicarán si no fueren enviados? Según que está es-  
crito: 'Cuán lindos los pies de los que anuncian bienes'  
(Rom., 10, 14-17). "Sois periodistas — prosigamos con la  
misma homilía del Papa —, pero periodistas católicos, an-  
siosos de ejercer una profesión muy digna de estima con  
la luz que realza aún más singularmente su grandeza, la  
luz que procede precisamente del altar, símbolo de la fe  
que profesáis, de la Iglesia a la que pretendéis servir".

Uno quisiera ser original; pero siente sus temores.  
Porque ¿en qué consistirá esta originalidad apetecida?  
¿Hasta dónde se extenderá? Y, no obstante, he tomado  
la pluma, y no sé por qué secreto modo se ha sostenido  
hasta aquí. La explicación puede que me la dé otro pa-  
saje de la homilía: "Si en esta resuelta mirada a los mis-  
terios divinos llevamos como guía a la Iglesia, guardiana  
del auténtico genio profético, intérprete autorizado que  
sabe descifrar el enigma de la vida humana en el tiempo

y darnos la clave, entonces nuestro esfuerzo por elevar  
nuestro pensamiento hasta estas sublimes alturas no será  
vano. Será, al contrario, fuente de consuelo, de certeza  
de sabiduría. Nos conseguirá a nosotros, que tenemos que  
hablar y escribir, ser aquí abajo, de forma eficaz, el eco  
del Verbo eterno; nos alcanzará a nosotros que tenemos  
que guiar a los demás, la gracia de conducirnos por los  
caminos de la luz, de la verdad y de la vida". Ser eco fiel  
en lo que cabe a las posibilidades humanas, ¿les parece  
poco? ¿No han oído decir — lo he leído en algunas revis-  
tas francesas, "Carrefour", por ejemplo — que el Con-  
cilio Vaticano II se desdobra en tres: el de los Padres  
Conciliares (el del Espíritu Santo), el de los informa-  
dores y el de los lectores? Y todavía podríamos subdi-  
vidir este último en dos, por lo menos: el correspondiente  
a cada una de las dos tendencias predominantes que se  
han empeñado en destacaar determinados informadores.

Ante esto, si uno quería ser original, se le van las  
ganans. En verdad, en tal materia, preferiría contentarme  
con ser *eco fiel* en lo posible. Que ya sería mucho si lo-  
grara transmitir eficazmente la soberana lección de pe-  
riodismo que nos da el evangelista San Juan: *Y el Verbo  
se hizo carne, y habitó entre nosotros, y contemplamos  
su gloria, glorial cual del Unigénito procedente del Pa-  
dre, lleno de gracia y de verdad* (Ioan. 1, 14).

Cierto, esta contemplación, que nos permite levantar  
la cabeza y mirar a lo alto, nos hace pesar más aún  
otro párrafo de la homilía: "Vuestro contacto inmediato  
y continuo con las realidades sensibles absorbe al perio-  
dista, le obliga a acumular una gran cantidad de aprecia-  
ciones externas y banales en detrimento de su vida inte-  
rior, con peligro de vaciarse progresivamente si no está  
sobre aviso. Tienen en ello un peligro de empobreci-  
miento, de agotamiento de la substancia viva de su alma.  
¿El remedio? *Levate capita vestra*. Permitir al alma to-  
mar o recuperar el impulso hacia lo espiritual, contem-  
plar la verdad religiosa, asimilarla, nutrirse de ella, para  
saber adaptarse al ritmo de la vida diaria y reservarse  
largos momentos de interioridad liberadora".

Tengan la caridad, mis señores y hermanos, de pe-  
dirnos esta gracia, a la par que les suplico indulgencia  
por no haber sido original.

MARTIRIÁN BRUNSÓ, Pbro.

Suscripción ordinaria . . . 200 Prtas. año  
» de amistad de 200 a 1000 Prtas.  
» de protección a partir de 1000 »  
Número suelto . . . . . 20 »

**CRISTIANDAD**

REDACCION: Lauria, 15, 3.º - Telf. 221 27 75

ADMINISTRACION: Diputación, 302, 2.º - Telf. 222 24 46

Suscripciones módicas para Sacerdotes, centros de Enseñanza y casos especiales.